

Juan Mihovilovich
la última condena



pehuén

LA ÚLTIMA CONDENA

© Juan Mihovilovich, 1983
Inscripción N° 58042

© Pehuén Editores, 1983
Manuel Montt 2534 Santiago

Derechos reservados para todos los países
de lengua castellana.

Primera edición de 1.000 ejemplares,
septiembre de 1983

Diseño y Fotografía

Marcela López

Sebastián Barros

Fotografía del Autor

Oscar Riquelme

Impreso por Edimpres Ltda.
El Aromo 4815 Santiago

PRINTED IN CHILE

Juan Mihovilovich

la última condena



pehuén

*A Vania y Andrés:
principio y fin.*

*Hacia tantos años que no alzaba la cara
que me olvidé del cielo. Y aunque lo
hubiera hecho. ¿Qué habría ganado?*

JUAN RULFO, Pedro Páramo

I

HABIAN COLOCADO BANDERITAS de colores alrededor de toda la plaza y se mecían tristes con la brisa continua de un invierno demasiado quieto a esa hora de la tarde que parecía haber escondido su furia natural para una ocasión próxima, porque hasta ayer llovía y tronaba infatigablemente, se había cubierto el cielo de repetidos relámpagos iridiscentes y todos se guarnecieron en el fondo más luminoso de sus habitaciones al amparo de débiles llamitas que nacían de velas exiguas mientras se frotaban las manos en un acto reiterado y elevaban viejas plegarias hacia el techo cubierto de invisibles telarañas, de quietos moscardones que ahora no zumbaban como al mediodía ni estaban dispuestos a aventurarse por los resquicios de las ventanas, porque el frío de ayer era de no recordarlo por generaciones, y nadie osó siquiera poner un pie al lado afuera de la puerta donde los goterones golpeaban con denuedo, nadie en absoluto intentó cruzar la plaza para saber si el temporal era cosa nacional por el único teléfono del pueblo o si los elementos sólo se habían ensañado con Yumbel como castigo divino o advertencia demoníaca, porque las cosas no marchaban en las habitaciones, ni las calles pretendían ser aquellas limpias calles de antaño repletas de manzanos y naranjos donde bastaba estirar la mano y flexionar el codo para que el gusto se deleitara toda una mañana y los niños no se olvidaran de su pronta aparición por el mundo, de sus correrías a través de los arbustos que tanto trabajo costara a los empleados municipales, arbustos con rosas, rosales desparramándose ornamentalmente alrededor de las esquinas en pequeños

círculos concéntricos, llenos de un bisoño deseo del color, de una incipiente figura vegetal y fulgurantes en determinadas horas del amanecer de tibios aromas que encendían apetitos ancestrales de los tres panaderos de la única panadería, de los dos telegrafistas del único telégrafo, del único radioperador policial que se iba silbando a su cuartel a colocar su tarjeta de llegada sobre un viejo pizarrón oscuro sólo en los bordes y luego anotaba diligente el horario de visita de los dos detenidos en el único calabozo del recinto, para que no los olvidaran durante la semana y los familiares les enviaran, de vez en cuando, un plato de cazuela de vaca, aliñada con cilantro de la huerta que habían robado hacía dos años, dos largos años, pero al menos tenemos qué comer patrón, estamos con la mente fría y el estómago contento, así que sugerían la posibilidad de no ser condenados, para lo cual ideaban un ingenioso procedimiento cada vez que debían ser llevados al único juzgado, así uno de ellos enfermaba de sordera repentina y el guardia pasaba por el desconsuelo, la cólera y la depresión final, llegando al estrado con el otro, el más bajito, el del perfil de avestruz con el pescuezo en tierra, y éste, buen día su señoría, pero yo no sé nada y de lo que se me acusa no es posible porque aquella tarde de agosto estaba ordeñando las diez vacas de mi primo Anselmo y Anselmo está en el calabozo, y que lo traigan, pero tampoco es posible, porque está sordo su señoría, y el guardia, así es, lo confirmo, y se lo lleva de vuelta para que no me hagan perder el tiempo hasta nuevo aviso, y se quedaban muy orondos en su celda, jugando dominó por la mañana y un simulacro de ajedrez al atardecer, recortando unas figuras de papel con unas tijeras de puntas redondas, entonces, el guardia o radioperador o carcelero o recadero y mandadero de la central de policía de

la ciudad de Concepción se apretaba el cinturón que cambiaba varias veces al día y se dedicaba a mirarlos con un rencor que despedía chispas por los ojos y el cerebro se le recalentaba hurgando en su materia gris la forma de eliminar aquel contubernio alterador de su paz anual, de sus paseos a cualquier hora, porque sólo en las mañanas podía surgir con aliento renovado cuando cruzaba, apenas el sol reventaba la cúpula de los pinos, por las esquinas de los rosales concéntricos y aspiraba una sensualidad de aromas milenarios que le hacían ver a Graciela Alcántara al pie de la iglesia católica, pero no con sus andrajos de cocinera perpetua, sino que como Dios la echó sobre los prados y los álamos del fundo de su hermano, desnuda de pies a cabeza, palpitante de deseo, removiendo con los dedos, y la uña del dedo gordo escarbando incansable las piedrecillas recortadas que engalanaban la entrada de la iglesia mientras los senos giraban locamente alrededor de sus grandes pezones oscuros y el policía, radioperador y demases se secaba la transpiración febril y se ponía a orinar al lado del monolito al prócer Arturo Prat, que le guiñaba un ojo picaresco incitándolo a que siguiera imaginando desventuras, o hiciera al fin suyo el paisaje desnudo, o tomara definitivamente por asalto a Graciela y la violara delante de la cruz cuando el padre Rigoberto fuera bajando las escalinatas y se quedara con un palmo de narices atisbando con los dedos entreabiertos sobre su cara de chimpancé inofensivo, entonces desaguaba su instinto secular y continuaba silbando, triste ahora y desgarrado, por entre los bancos recién pintados, siempre recién pintados, de la plaza, y cada día sentía cómo los olores de aquellos arbustos malignos le señalaban como un estigma la celda y sus encarcelados, el pizarrón y sus bordes oscuros, la vieja treta del paseo al

tribunal, la consabida vuelta al instante de su perdido solaz, que creyó eterno alguna vez, y que ahora era apenas un trágico remedo de cansancio, de fatiga que no podía soslayar, como la mayoría que acertaba a pasar al lado de los rosales, y cuando el día anterior había comenzado a quebrarse el cielo en pedacitos de lluvia insistente y un ruido como de fin de mundo llenaba el espacio con su ronquido vivo y desolador todos pensaron que Dios o el demonio decidían reiniciar la historia para bien o para mal, pero volver al inicio, a los primeros pasos o a los últimos de los primeros, sin embargo, ahora la calma contenida como en un frasco transparente sólo por un lado cubría de nuevo la plaza, desde la mañana misma en que se anunció por un megáfono oxidado que Rosario Román había sido elegida miss Chile en la capital, miss hermosa, miss esplendor, y la noticia era dada por el capitán de la única bomba de bomberos arriba del único carro colorado y sentía que el orgullo le hinchaba las venas del cuello cuando anunciaba el nombre de Rosario Román, la colorina del fundo San Andrés, la mujer de don César, el dueño del gran latifundio, de don César el paseador de caballos de carrera de la ciudad de Concepción, el que había tapizado de magnolias y camelias, pensamientos e ilusiones, el sendero de Yumbel hasta la entrada de su puerta de caoba y ébano traído de Egipto, con figuritas de alerce talladas por los presidiarios de la cárcel Buen Pastor, un camino de cinco kilómetros ondulantes de cerros y valles diminutos que tenían pequeñas y moldeadas fuentes de piedra trabajada a cincelazos donde saltaban pececitos de colores enviados desde la capital en acuarios de azules transparencias, pero que él prefirió, en un acceso de racional instinto, hacer trizas, porque rompían el equilibrio natural de la naturaleza, y los pececitos se fueron con vidrio y todo

dentro de las fuentes que poseían focos violetas encendidos desde que las sombras se esparcían por el campo de manera automática sin que nadie supiera cómo y desde dónde ni con qué mágica varita se tocaba una invisible parte del camino y las luces subían como por encanto hasta el borde de las fuentes recubiertas de mármol de carrara, una delgada capa de mármol brillante que fulguraba bajo los pescados que danzaban toda la santa noche fatigados sin que nadie viera sus aburridas acrobacias, sus paseos rectos y sus zambullidas internas, aburridos de no ser centro en nada y temerosos de la docena de gatos siameses que se equilibraban a duras penas por los bordes de las fuentes sin atreverse a lanzarse en picada como si hubieran sido adiestrados para mirar y remirar por meses y años el continuo deslizamiento de los pececillos, porque don César tenía sus manías arraigadas y buscaba afanoso la forma de que su ficticio buen gusto por lo esencialmente exquisito, llegara a oído de los familiares de la ciudad que siempre lo consideraban como el rico atontado o el atontado con plata a quien se respetaba por delante y, apenas daba media vuelta, le llegaban como peñascazos en la oreja su falta de clase, su ignorante ignorancia, su ridícula forma de sentarse en el comedor del Club de la Unión y sus hipos incontrolables cuando se atoraba con caviar o mayonesa de espárragos, porque él no había sido educado en Los Padres Salesianos y el colegio Francés lo conoció sólo desde la vereda de enfrente, porque él aprendió a caminar por las calles a los cuatro años, desnudo de pies y empapado de lluvia hacia una escuela envuelta en gruesas capas de adobe deshojado y ventanas somnolientas y tenía que sonarse los mocos con los pedazos de cortinas cuando la señorita escribía en la pizarra algo parecido a que volverían golondrinas, volverán con sus picos a cantar, y en la tarde

retornaba silbando sin saber silbar mientras contaba sus pasos solitarios, luego qué de gustos ni de nada, había sido hecho como a empujones, mezcla humano y animal humeante reptando por las piezas de tierra reblandecida y oteando como pájaro enjaulado los asaltos de su padre a la nana desaseada, india de rasgos o rasgueada como india, que se columpiaba delirante en los flancos del viejo y él recordaba su primer caballo, su alazán de madera pintada con un sol de maravillas pegado en una de las patas y corría presuroso a balancear su miedo y su alegría, su visión extraña de bodega y quejidos, así que de esa manera no podía ser el hijo pródigo que visitara la ciudad a los dieciocho años y penetrara por la amplia puerta de una educación universitaria desde donde emergía un espíritu libertario y la razón del entendimiento o el ansioso escudriñar del conocimiento sin ataduras, porque había que aprender, pero él no señor, de manera alguna podía ocupar el sitio que nadie le había reservado, porque llegaba de pronto el invierno con su carga de lluvia pegajosa y las bodegas tenían que ser repletas hasta el borde de los tragaluces con fardos de pastos para las vacas y caballos, para que comieran y engordaran y aumentaran su futuro de luminosidad, así se vio un día, temprano aún para cualquier previsión, manejador de su propio carruaje, de su propia chacra reverdecida de lechugas y roja de amplios tomates, de su primer Ford t y de su primera compra de casa ciudadana, entonces no hubo tiempo de letras pequeñas abarrocadas en los pizarrones ni de cuartetas musicales en algún conservatorio, nada de eso, pero se había casado un día de primavera, cuando ya tenía recorridos cuarenta de sus años y había olvidado cruzar la plaza y olfatear los rosales de las esquinas y en gran medida su etapa de adolescente casi y de

su fugaz indecisión en que estuvo convertido en único radioperador y carcelero y mandadero y recadero y la Graciela Alcántara dejado de aparecer en la entrada de la casa de Dios y por más que viajara insistente hasta el vergel de Quillón donde se la divisó un par de veces envuelta en una pañoleta con trenzas dibujadas y chalas de cuero verde con un cuerno blanco grabado en el empeine para luego perderse bajo los puentes del río Andalién, y él insistió al borde de la desesperación buscando en cada uno de los puentes de concreto, husmeando como perro rastreador ese aroma inconfundible que su memoria recordaba como parte de sí mismo y que no hubo de hallar ni entre las rocas ni en las quietas arenas del río, hasta que al fin aquella búsqueda infructuosa se le antojó rutinaria y rutinaria su manera de pagar por cualquier dato, porque la hemos visto señor, se fue por allá, por detrás de los sauzales, y como corriera el rumor de que César Román cancelaba al contado hasta un mínimo detalle sobre su paradero se formaron como por encanto especies de cadenas informativas y postas de correo que le dejaban a propósito un trozo de tela andrajosa o un mechón de cabellos deshilachados amarrado en alguna rama de árbol humedecido en el que supuestamente Graciela tallara las iniciales de ambos, y un buen día, de vuelta del río y de haber explorado por enésima vez las orillas de los pastizales y el anverso de los puentes, levantó los ojos aburridos y la vio, vio a Rosario San Martín caminar encima de la barandilla del puente número siete, equilibrarse magníficamente sobre un par de muslos redondeados y brillosos bajo su falda mojada, la vio alisarse el pelo con un gesto desdeñoso y percibió maravillado su incipiente vello axilar, sus cabellos de trigo maduro cayendo insolentes sobre sus ojos de turquesa y verde mar, y cuando ella, Rosario San

Martín, saltó ágilmente al pavimento de la carretera recién inaugurada él emergía de las profundidades del río Andalién sacudiéndose el polvo imaginario de su chaleco de lana cruda, se acomodaba el cuello de su grasienta camisa listada y la miró reverencial y sumiso, pero también decidido, fogosamente determinado respecto del futuro de esa visión esplendorosa que ya se fijaría para siempre en su pupila, y Rosario lo dejó en el camino como si no hubiera existido en apariencia, pasó por su lado como una tranquila exhalación, algo dubitativa de pronto, cuando sintió un tembloroso cosquilleo en sus espaldas como si dos ojos penetraran su piel juvenil y le indicaran al frente el sentido de la dirección, pero ella siguió y él siguió tras ella, y apresuraron el paso y sin saber cómo ascendieron hasta la entrada de Yumbel sin que notaran el trayecto de kilómetros a campo descubierto o el vapor azulado que subía en la oscuridad de los bosques de pinos ni oyeron el crujir reiterado de las hojas otoñales que recubrían las angostas alamedas, porque avanzaron juntos y ella huyendo sin huir, sin que su tímido intento se tradujera en un acto definitivo, sintiendo sus pasos encadenados, y él no la miraba, porque ya la había observado en la baranda ensayando su gesto de fantasía y para siempre se detuvo su pupila sobre esa imagen, ya no le urgía contemplar de nuevo sus ojos indefinidos, estando escrito para él que el destino había sido preconcebido por una providencia divina y fulminante, entonces cayó en la cuenta que Graciela Alcántara fue el señuelo de la verdadera realidad y Rosario San Martín la claridad abismante de un crepúsculo pasado y cuando la dejó del otro lado de Yumbel, a la entrada de un sendero también zigzagueante que llegaba en ascenso hasta la pequeña casita de tablas amarillas supo que era suya y ella de él, aunque no se volviera ni una sola vez para devolverle

la mirada ansiosa y cuando penetró por la puerta como un astro en retirada dio media vuelta y corrió desenfrenado hacia su propio acceso ondulatorio adornado de sus fuentes apenas en construcción y derramó, primero, el líquido de los acuarios azules y violetas, y luego los arrojó delicadamente y los cristales se desparramaron como cuentas brillantes al fondo de las fuentes, y aquella noche no durmió ni durante muchas noches siguientes pensando en la manera de aprehender esa visión, y de día vigiló constantemente el lado norte de Yumbel, se quedó imperturbable al acecho de las sombras buscando abordar a Rosario, y así descubrió que Rosario llegaba entrada la noche desde Concepción con tres libros de poesía romántica bajo el brazo derecho y un paraguas de color indefinible en el izquierdo y él seguía sus voluptuosos movimientos de caderas cuando removían las luces de los postes de alumbrado en invierno o llegaba fatigada y espantaba con un pañuelo de seda bordado de claveles a los insistentes zancudos del verano que al divisarla bajaban desde las ampolletas y revoloteaban encima de su cabeza pelirroja sin que se posaran jamás en sus cabellos o clavaran sus agujas en su piel de terciopelo carnal y él, César Román, sumiso y dolorido en medio de los arbustos del camino luchando denodadamente contra esa sigilosa indecisión se decidió un día de primaveral aureola y cuando Rosario bajaba del bus la tomó por las axilas del vello incipiente, la arrastró sin esfuerzo detrás de las zarzamoras y la poseyó tres veces al amparo de la luna de Yumbel, en medio del ruido incansable de los insectos, del inusitado canto de los grillos que parecían haber concentrado su armonía de siglos para aquella ocasión, y cuando sus manos recorrieron trémulas las redondeces de Rosario y besaba insaciable sus muslos y pechos doloridos sintió con sorpresa

desmesurada que ella no lo rechazaba la segunda vez ni la tercera y que se quedaba adherida bajo sus piernas posesivas como aferrándose al final de un trayecto precipitado, y fue rodeado de brazos y se embriagó definitivamente con las emanaciones silvestres de Rosario San Martín, su dulce y virginal doncella aparecida que lo llevó un mediodía a la casa amarilla del cerro norte de Yumbel y lo presentó como el violador violado de sus encantos y los padres miraron con tranquila y medida complacencia a don César Román, porque era el partido preciso y decidido, el buen señor del latifundio San Andrés, el de las fuentes de pescaditos y los gatos de ojos almendrados que custodiaban el camino de magnolias y camelias, pensamientos e ilusiones, hasta donde convergió la larga comitiva de los recién casados una tarde de Noviembre entre el griterío desaforado de los niños que clamaban por el padrino y la madrina que lanzaron al cielo cientos de centavos de plata entregados en un rincón apartado por el novio como condición de su felicidad completa, y nadie habló del vientre abultado de la novia bajo el vestido de raso blanco, y nadie supo que la hija de Graciela, Mercedes Alcántara, estuvo presente en los festejos con sus ojitos de niña atolondrada observando cómo caían monedas desde el cielo.

II

Y CUANDO EL VIEJO reloj de la iglesia enladrillada marcaba las cinco de la tarde y las campanas repicaron por quinta vez anunciando la lenta retirada del tímido sol

invernal sus tañidos se alargaron por la plaza del pueblo acallando los sigilosos comentarios de las vecinas y los campesinos que se persignaron al unísono, cada uno cinco veces, y miraron cómo el péndulo desgastado golpeaba las paredes de bronce y un extraño sonido, que no fue precisamente metálico, sino del más puro efecto cristalino, voló desde el centro del pueblo hasta los viejos caseríos de adobe que se iban alineando en las orillas de los caminos a Chillán y Concepción, y los que todavía no habían oído el anuncio del capitán de bomberos por su megáfono oxidado se miraron interrogantes, porque las campanas jamás repicaban los días de semana, porque el párroco se colgaba de las cuerdas del campanario sólo los domingos anunciando el inequívoco día de misa oficial, y los que se inquirieron dubitativos también se persignaron presintiendo una desgracia, la continuación del temporal pasado y alguien señaló las nubes oscuras que empezaban a arremolinarse como presagio de una tempestad inminente y corrieron presurosos a los graneros, guardaron los utensilios de labranza, pusieron a buen recaudo a los animales, trancaron las puertas con barras de hierro y trozos de madera de pellín y situados alrededor del fuego patriarcal aumentaron el volumen de la radio y corrió de inmediato la noticia como reguero incontrolable, porque se trataba de Rosario San Martín que venía por la carretera panamericana con una escolta policial de diez hombres en su triunfal ingreso a su pueblo natal que la esperaba con los brazos abiertos, y la plaza ya se había engalanado con flores artificiales traídas durante la mañana en un carro blindado desde Concepción por imperativo edilicio, y guirnaldas verdes, rojas y amarillas ondeaban en el salón municipal donde un estrado, de diseño ocasional, esperaba la palabra del alcalde que emergería de

un texto de bienvenida redactado apresuradamente por Lidia Carreño, la mano derecha del alcalde y única mecanógrafa titulada en un curso rápido de seis meses en la academia de secretariado de Chiguayante, entonces recién se entendieron los repiques de campanas a esa hora del día, recién se cayó en la cuenta que la bella candidata había alcanzado el cetro máximo de la hermosura nacional y los que se acostaron para capear el temporal bajo las sábanas se levantaron urgente, y los que cortaban leña en el patio para alimentar el fogón abandonaron de prisa el hacha, y las comadronas que amasaban el pan a la orilla de los hornos de barro se lavaron las manos y colgaron sus delantales en un clavo de la pared de la cocina, y los niños enfermos de pulmonía fueron puestos sobre las carretas de caballos, cuidadosamente arropados y envueltos en mantas de castilla, confeccionaron de emergencia toldos de cuero de buey, precaviendo la caída del aguacero y todos, salvo los ancianos que no entendían el ajetreo inusual en los hogares y que preguntaban repetidamente sin que oyeran las respuestas debido a sus sorderas seniles, sólo ellos, se quedaban sentados en sus sillas de mimbre como cada día, mirando el picotear de las gallinas en los patios, las correrías persecutorias de los perros tras los gatos y la caída de los limones de los limoneros, todos los demás se unían a la improvisada caravana que fue bajando de los cerros, creció por la carretera, se juntaban en los recodos y se podía ver la longitud humana a varios kilómetros desparramándose en una procesión de carretas y carretones, de gruesas mujeres con sus guaguas en brazos, de medieros y andariegos que tiraban de la rienda de los asnos cargados de comestibles y presentes artesanales para el gran recibimiento de la bella, para la mujer de don César, el dueño del latifundio San

Andrés que a esa hora acompañaba a Rosario San Martín en la parte posterior del Ford año cuarenta, cedido gentilmente por la Intendencia, y que ya se hallaba en la entrada del pueblo de Yumbel seguido por una docena de carabineros a caballo que trotaron fervorosamente durante el trayecto para no quedar en zaga, y el automóvil dobló hacia la derecha internándose por una calle adyacente distante tres cuadras de la única plaza y a los veinte metros las ruedas se empantanaron en el barro girando desesperadas sin avanzar mientras don César le sonreía a Rosario y apretaba dulcemente su delicada mano, pero el auto no avanzó un centímetro y alguien corrió hasta el estrado, le habló al alcalde al oído y éste salió apresurado del salón municipal, cruzó la plaza con pasos enérgicos seguido de su postizo secretario, de Lidia Carreño y los empleados del aseo, seguidos de cientos de ojos que los vieron pasar como una exhalación, doblar por la calle de acceso a la panamericana, y se les vio venir desde el auto por el centro de la calzada a pasos de gigante adelantándose a la comitiva inesperada, saludando a la reina con un beso a través de la ventanilla entreabierta, y esto sucede hasta en las mejores familias don César, pero cómo salimos, y no se preocupe, porque los empleados ya empujaban laboriosos metidos en el barro, y las ruedas se negaban a partir, se negaron definitivamente, y don Eulogio, el dueño de la única librería, sugirió una yunta de bueyes amarrada al parachoques, y se trajo la yunta y el parachoques se desprendió sin ruido del automóvil, en tanto la marea humana convergía a duras penas desde la plaza atraída por el rumor de que el auto se averió, se empantanó, perdió una rueda, se le descascaró la carrocería, y elevaban plegarias las mujeres de luto para que el espíritu santo obrara reparando el accidente, y alguien cercano al alcalde se acercó

a su oído indicándole que en la carreta de bueyes, señor alcalde, y éste le traspasó la idea al matrimonio y luego de media hora de persistente discusión Rosario San Martín se arremangó el vestido de fiesta, posó sus diminutos pies sobre dos piedras colocadas en el acto en medio del barro, y subió a la carreta que ya tenía atravesada una banqueta de madera con un respaldo de tablas de un cajón de manzanas desarmado y claveteado por un vecino diligente, y Rosario San Martín tomó asiento apoyando su mano derecha en los palos de coligue que servían de baranda, y los bueyes fueron picaneados por Anselmo hijo, hijo de don Anselmo el carnicero, que la miró embelesado, porque siempre estuvo enamorado de la mujer de caderas sensuales y labios de frambuesa, y ahora estaba allí, nunca tan cerca y tan lejana, porque siempre la imaginó a la distancia en que amanecía despierto en su habitación en penumbras lleno de lúbricos deseos y con dolores de cabeza que madre no entendía, y ahora al alcance de su mano, y le servía de adalid, de ángel terrenal abriéndose paso entre la muchedumbre con la vara temblorosa en una de sus manos señalándole el camino a su sueño inalcanzable, y Rosario lo miró de refilón, sonriéndole con ternura maternal, y él se ruborizó, Anselmo hijo se ruborizó para el resto de sus días, sintió oleadas de fuego cubrirle las mejillas, le palpité de prisa el corazón creyendo que de un momento a otro surgiría por su garganta y se aprestó a recibirlo y ofrendárselo a la mujer de su infantil quimera, se vio a sí mismo depositar el corazón a sus pies y caer de rodillas en un acto de sublime adoración muriendo de amor incontrolable, pero despertó en medio de la plaza y en medio del griterío ensordecedor de la gente del pueblo y de otros pueblos, de parcelas y chacras cercanas, porque Anselmo fue relegado a un palmoteo de espaldas por sus

amigos de escuela y alcanzó a ver cómo Rosario saludaba lanzando besos con las manos desde una boca que nunca sería suya, pero que había besado en la soledad de su cuarto y seguiría besando en la oscuridad de su tristeza mientras la mujer más bella del país seguía sobre la carreta que ahora era llevada por Anselmo padre alrededor de la plaza, para que aquella vuelta triunfal fuera captada hasta la eternidad por el fotógrafo Aguilar, que hacía horas esperaba con la cabeza metida en su cajón en penumbras y elevaba un brazo pidiendo ángulo y desalojo para mejorar la visual y sonó algo parecido a un chasquido amorfo para, la que pensó, sería la fotografía de su vida, la que recorrería la nación en las portadas de todos los periódicos y cuando a los tres días compró el diario provincial viendo en la primera página y bajo un titular a ocho columnas su propio brazo izquierdo encima del vestido de fiesta de Rosario San Martín a manera de cabeza horizontal e indicativa, sintió una especie de frustración rigurosa, una constatación de equivocadas ilusiones, porque se rió de él su mujer y las vecinas cuchicheaban en un secreto evidente cuando pasaba con su trípode al hombro hacia la plaza y nadie posó jamás por siempre para él, y cómo era posible aquél descuido, si Rosario San Martín era plenamente visible metro y medio sobre las chupallas y pañoletas de ancianos y niños en los hombros, e incluso, con la plaza en declive su figura se recortó de pies a cabeza a la altura del correo, y ella seguía con sus besos a toda prisa subiendo hasta la comisaría y empujada por la multitud que gritaba su nombre como canción de cuna matinal, y al doblar hacia el municipio se colgaron los pequeños con las rodillas dobladas y las mujeres forcejeaban tratando de retirarlos cuando la carreta se ladeó repentinamente y los bueyes trotaron como si de

pronto la tierra se hubiera abierto calle abajo y cayó Rosario San Martín al lado del canal sin que nadie la sujetara, pero todos le levantaron embadurnada de barro y hojas de eucaliptos y empapada hasta los huesos siendo llevada en andas a la posta de primeros auxilios, pero en andas se le iba el cuello hacia los lados o la cabeza adelante, así que la izaron como un tronco de árbol deshojado sosteniéndola de los pies, de las rodillas, de las espaldas, de la cabeza y algunos, con tímida osadía, de las nalgas duras y rellenas, con las manos arriba, abiertas de par en par, cuando se escuchó un sordo ruido subterráneo y todos se detuvieron, se miraron los zapatos, se miraron otra vez interrogándose con una mezcla de temor y vergüenza, porque, qué había sido aquello y de dónde venía, y cuando escrutaban las insospechadas aberturas del suelo e imaginaron devoradoras fauces tragándose al mundo hubo un crujido milenario que removi6 la tierra un segundo, el mismo que vivían los bueyes a la distancia engulléndose los rosales concéntricos, y cayó una gota en el párpado izquierdo semicerrado de Rosario San Martín y cuando se irguió como picada por un recuerdo se desató el diluvio contenido, se rompió el cielo otra vez en pedazos incontrolables y todos iniciaron la huida con sus trastos desvencijados y sus cacerolas de aluminio y las vasijas de barro, se volcaron los braseros desvaneciéndose en el canal que aumentaba desmesuradamente su correntada y se olvidó el mundo de Rosario San Martín, tirada cuan larga era en las puertas de la posta de primeros auxilios mientras César Enrique trataba de levantarla, cuando acudió su padre que brincó milagrosamente desde el entarimado del salón municipal hasta la posta, pasando por las puertas entreabiertas y desliziéndose por los marcos de una ventana entornada,

porque él había escuchado la brusca caída de la lluvia tambaleándose arriba del entarimado y no era posible que el acto se suspendiera, así que revive Rosario, déle unas pastillas o un agüita de cedrón, y la única enfermera se disculpaba buscando en los armarios, abriendo y cerrando botiquines hasta que ella, ¡oh! prodigio divino, abrió sus ojos de mar en calma y se puso de pie como una gacela invencible, se acomodó la corona de plata de fantasía, se sacudió el vestido de lino con sus tonos de esmeralda, se pasó un peine del cabello por el barro de sus zapatos y preguntó aseverando por la prontitud de la ceremonia y que estaba dispuesta a recibir las llaves de oro como ilustre ciudadana y firmaría el libro de los inmortales estampando la huella de sus dos manos abiertas del palmo en palmo en las raídas hojas del control contable municipal, así que salió seguida de su marido y de César Enrique que la llamaba sin pronunciar sonidos, madre a dónde vamos con esta lluvia, pero había que seguir y al llegar al entarimado carraspeó el alcalde tres veces y tres veces resonaron los aplausos de los más conspicuos habitantes del lugar que se quedaron al amparo de la tormenta bajo el arco de triunfo azotado por el viento, y Rosario San Martín fue colocada en su trono real donde la cubrieron de rosas, y el techo se abrió al sésamo invisible de una orden, por donde cayeron pétalos misteriosos de indefinibles aromas, se soltaron una veintena de palomas que empezaron a dar vueltas entre las piernas de los asistentes negándose a volar por la ventana entreabierta por la que se colaba un aire húmedo y helado que castañeteaba los dientes y nadie se movió de sus asientos, tosieron algunos y otros aplaudían el ornamento de las paredes, movían las cabezas en un gesto afirmativo ante los cuadros del pintor Galdames, facilitados gratuitamente para

la ocasión, y observaban las luces nacientes de pintadas ampolletas adheridas a los muros y que también ofreciera el mismo Galdames sin costo alguno para el erario gubernamental, y cuando don César Román hizo uso de la palabra todos guardaron un silencio sepulcral, y habló del tiempo inoportuno, de la importancia de los temblores del alma por encima de los sacudones terrenales, del engalanado arribo de la reina sin mencionar para nada que esa belleza era suya, y explicó el comienzo del mundo en un pueblo como Yumbel cuando las hembras andaban a pie descalzo recolectando las cerezas y las guindas por las calles que no existían, habló de los inicios de un amor que se descubrió saliendo de un río y Rosario le sonreía sin mirarlo y sonreía a la concurrencia que aplaudió con respeto venerable, y habló de la comunidad y de sus necesidades apremiantes, de cómo deseaba que cada familia tuviera senderos con pececitos en fuentes de mármol de carrara, porque el mundo era bello y había hermosura en su país y la mujer era un orgullo de raza, y al bajar del estrado secándose la frente con un pañuelo de claveles bordados por Rosario la banda municipal de Chillán entonó desafinada algunos acordes de una conocida retreta militar que se confundió con los truenos y los aplausos finales mientras César Enrique perseguía a las palomas debajo de las sillas y alguien que cerraba la entornada ventana observó bajo la lluvia la dispersa procesión apenas visible en la penumbra.

III

LA DISCUSION SE HABIA tornado desagradable para don César, sobre todo porque consideró denigrante que una comisión familiar se hubiera constituido y venido desde Concepción con el exclusivo fin de sugerir primero, pedir después y, por último ordenar casi, que era indispensable la presentación de Rosario como candidata, porque no existía en toda la provincia, y probablemente en el país entero, mujer semejante, y aquella era la ocasión propicia que debían aprovechar para destruir el viejo mito de la fealdad enfermiza de las mujeres Román, pero ella es San Martín, y ello es secundario desde que adquirió derecho a tu herencia, porque es obvio que no basta figurar en las páginas regionales sociales por tal o cual actividad, sino que era el momento de aparecer en portadas de revistas y periódicos a lo largo del país, y no precisamente por motivos aristocráticos, y se defendió como ya no recordaba utilizando su privacidad como una coyuntura poco feliz que, por reiterada hasta el cansancio, fue desechada por sus interlocutores; dijo que ellos tenían una absoluta independencia marginada de lugares comunes y sitios de recreación pública como para alternar a esas alturas con gentes desconocidas e innecesarias, y que por lo demás les hacía presente su personal comportamiento social y que

como acompañante resultaría un fracaso estrepitoso, y cómo ahora me piden que ella reluzca con su mejor sonrisa y un vestido de princesa, en lo que denominó una gesta con ribetes de sordidez, y no se podía sacrificar el honor de una familia así como así, ni siquiera la rancia alcurnia que presionaba insistente podía argüir derecho alguno, pero le contestaron a coro que no era un derecho, pero sí que tenía el deber de buen ciudadano facilitando a su mujer como emblema de una raza que no sólo significaba pureza de estirpe, sino que además constituía una amalgama de nobles sentimientos en el corazón de su cónyuge y que si le había siquiera consultado su parecer, porque los tiempos están cambiando mi querido César, y si alguna vez podemos sacar a la palestra nuestro buen apellido y por añadidura preservar y realzar el prestigio zonal, Rosario tendría asegurado de por vida y de por muerte un lugar de honor en la biblioteca municipal y un retrato enmarcado en los salones de la gobernación, y como si aquello no bastara, César Enrique sería mirado con admiración por sus compañeros y lo señalarían con el dedo de la envidia sana e inocente, y todos se volvieron fugaces sobre su mirada de niño confundido, y César Enrique desde sus insuficientes tres años y medio miraba ahora embelesado el parpadeo familiar, el crujido de los dedos impacientes que se aferraban al borde de las sillas y que tamborileaban con tranquila desesperación en la reluciente mesa del comedor mientras don César se paseaba de un extremo a otro sobre la alfombra persa de motivos indescifrables llegando hasta la ventana, limpiando por sexta vez el marco de sus anteojos oscuros y empañando los vidrios con su respiración agitada decía que esto es tan absurdo que me parece mentira, pero no se convencía de su propia argumentación y buscaba en los ojos de Rosario la

aproximación de esa duda, que le dijera que si tu piensas que no es necesario todo quedaba allí y muy feliz dedicándose al bordado de manteles y planchado de camisas de encaje, pero Rosario, mutismo por un foro expectante, la duda que se iba y un sí que brotaba con sonido de voz ajena, como si hubiera dicho que era el principio del final, la inevitable perdición de nuestros jardines, y se figuró de pronto un derrumbe de sueños iniciados, pero sus labios aceptaban y lo abrazó su cuñado, lo besó en la frente su madre con racional persistencia, oyó el tintinear de las copas en medio de palmoteos urgentes y la buena nueva salió persiguiendo a una empleada y recorrió los sitios del día, el mundo habitable y sus senderos ocultos, y don César empezó como a regañadientes a saborear un presente distinto y levemente incitante, porque se ordenó la compra de un vestido azul y flores de terciopelo incoloras para enmarcar el busto redondeado de Rosario que palpitaría confuso y feliz bajo una blusa celeste, y trajeron en medio de veloces destellos que cruzaban habitaciones y rebotaban en los espejos de los pasillos, platos bronceados con almendras y bandejas con jugos de damasco y almíbar, y ya la alegría se removía inquieta en sus ataduras hasta que se besaron desconocidos, se desabrocharon los botones superiores de los cuellos de las camisas para que todos cantaran y cantaron hasta que el gallo se posó en el marco de la ventana y cacareó con pecho de rey y cuando de nuevo cayó la tarde y la familia se retiraba satisfecha de sí misma alguien cantó la hermosa cenicienta que resurgió de la nada y fue como una entonación premonitoria que ninguno habría de olvidar.

IV

ERA OBVIO QUE César Enrique miraba con arrobamiento el juego de manos de las conversaciones, el índice apuntador de alguna lógica incontrarrestable o el brusco movimiento de un cuello negativo, porque todo aquello llamaba poderosamente su atención infantil, lo desequilibraba en su mundo armonioso y se veía a menudo sin saber qué hacer frente al amplio ventanal de la naturaleza que solía rodear todos sus pasos y sus escondrijos, que lo perseguía mientras corría sin tregua tras el vuelo de las mariposas pintadas o realizaba la dificultosa ascensión hacia un nido de gorriones en los pinares del patio, y aquellas discusiones de familia aburrida que tardaban horas inconsistentes, aquel galopar de palabras insípidas que él intuía de abismantes monotonías llegaba a romper su cuarto adornado de fotografías

campestres, de quietas luciérnagas adheridas a un espacio de coloreadas cartulinas donde él las pegaba cuidadosamente, para que no se vayan al piso nana, para que no se destrocen en las losas del dormitorio ni deambulen sin sentido alrededor de la luz, y al retornar a su mundo inquebrantable algo ya se había roto, pero su inconsciente decisión luchaba por mantenerse en la edad que no tenía fronteras, y él saltaba apoyándose en los escombros y latones abandonados en las esquinas del patio de muros de concreto para jugar con Mercedes, y llamaba a Mercedes Alcántara para que me coloques este piso aquí y tu muñeca en esa cuna de paja, y Mercedita movía siempre afirmativamente la cabeza, y ya le había llevado pan de casa con manjar de leche quemada y le escobillaba los zapatos cuando César Enrique se sentaba a la diestra de un sillón imaginario e impartía las órdenes de mi señor el rey de Yumbel, que me ha mandado nacer para ser yo el único enviado de Dios a estos dominios que ahora me pertenecen, y mi terreno se extiende desde el muro de oscuro perfil hasta donde mi vista no alcanza y aún más allá de las columnas de piedras desconocidas que suben a las estrellas y que emergen al lado de la cantera abandonada, y es mi decisión de gobernante, a la cual se sometía Mercedes, y ella, muy bien mi señor, como usted ordene, asentía con admirada ternura a César Enrique, su gran señor del patio real y de inalcanzables confines, porque el mundo perdía sus contornos ante tan grande magnificencia de ingenuo poder, y las tablas volteadas en los gallineros y los gansos, los patos chapoteando en la suciedad de un agua espesa donde flotaban hojas de palmeras, las cáscaras de sandías picoteadas por pollos diminutos y cerdos que parecían de juguete, el enrejado que separaba la huerta del camino accesorio al pozo negro donde se llevaba al abuelo Tomás

que se quejaba como si se le fueran cayendo pedazos de anatomía, el otro pozo circular con líquido casi insondable y su gastada palanca de hierro y sus cubiletes de madera, adquirirían en sus ojos dimensiones de portentosa belleza que bajaban y subían por los cerros detenidos en colores que enceguecían y veía a César Enrique como el hado invisible que mostraba el oculto sentido de las cosas, entonces no podía remacharse la quietud de ese continuo mundo maravilloso con accesos de altisonancias verbales, porque ellos cruzaban de muro a muro, César Enrique saltaba la barrera de su jardín enjaulado y se metía hasta el cuello en el barro del gallinero de la casa de Mercedita, y juntos removían infatigables la basura y los escombros de los rincones del patio, desmenuzaban las hojas de las margaritas y soplaban incansables las plumas de cardos o hacían gargaritas con agua de la regadera azul y verde que luego desparramaban en los maceteros colgantes de la antigua galería cubierta de plantas inverosímiles que subían desde el mismo suelo y se escurrían por las paredes, se entremezclaban con los cuadros de fotografías amarillas y se aprisionaban en el techo agujereado, por donde se colaban rectilíneos rayos de sol o caían persistentes gotas de lluvia y ellos se escudaban en un gran cajón de madera de coihue que cobijara un embarque de cristalería japonesa, orgullo de don César, y que ahora se hallaba abandonado para que ambos hicieran de él un apartado de sosegados murmullos, un espacio inviolable que los protegía del frío o de la lluvia, que les enlazaba las manos ante el viento silbante o los acurrucaba a cada uno en su interior como si se tratara del grávido hueco inolvidable y difícil de recordar, sin que se tuviera necesidad de nada especial y sin deseos de ningún artilugio inesperado o alguna sopesada decisión adulta,

porque la existencia tenía límites que no importaban, y un cajón con una leyenda frágil al exterior no significaba una ruptura, sino la extraña y casual coincidencia de vivir, que los demás mencionaban de pasada, casi sin pensar en las palabras, como si una mirada bastara para seguir andando, para preocuparse de todas maneras del próximo viaje a Santiago, del vestido galano de la posible reina y de la compra de pasajes en el tren de primera clase, porque hay que estar a las alturas mi buena Rosario, hay que consolidar desde los cimientos para obtener buena vista, repetía Ángela Cruces, prima en segundo grado que apareció de pronto casi como un borbollón desmesurado a la hora del té con galletitas de agua y pastel relleno de moras, y usted quién es y qué desea, pero, cómo no reconocen a la prima Ángela, la de apellido Cruces, la madre de Mariano, el embrión que se negaba a ser feto y luego a vivir y que salió de este vientre liso a los ocho meses clavados, cómo no recuerdan la aparición de mi marido el día de nuestro casamiento con sus botines de charol y su levita negra cubriendo su rosada camisa almidonada, sí, era Ángela, la de los Cruces de Hualqui, la pariente de ustedes por ángulo paterno, y no querían reconocerla, si era la primera vez, menos ahora que caía como manzana de árbol genealógico sin sacudir, porque apareció como si la hubieran estado llamando del lado opuesto, y Rosario, dónde está mi César Enrique, que si está en el cajón con la hija de Graciela Alcántara lo traigan de inmediato, y se lo traían en medio del barullo general, de fingidos besos en mejillas perfumadas con agua de colonia repelente e impresión de labios colorines cuyo rouge delineaba un adiós antes que una bienvenida, y así trajeron su amplio equipaje, porque con Ángela venía la resurrección atávica de la mujer, baúles con timbres de la aduana de

Bruselas y las huellas digitales de Barcelona, estampillas con estatuas libertarias recortadas o despegadas por el uso, viejos baúles de manillas de bronce desgastados y brillosos, con incrustaciones de plata labrada desde donde surgían figuras desconocidas, claves de otros espacios que daban la sensación de eslabones reconocidos pero incapaces de ser aprendidos por todos, y ella, que estaba feliz y había traído a Marianito Cruces, su hijo del alma, su embrión bien amado que dormía muy quieto bajo el velo de su moisés con forma de canasto estirado, a donde llegó César Enrique con sus seis años a cuesta, sus pantalones mitad de piernas y su gorro de marinero en la mano izquierda y descorrió las sábanas celestes con conejos dibujados comiendo pastito verde, nervioso de la ruptura de un tiempo que le era ajeno y que presentía como propio, pasado alguna vez y futuro algún día, como si descubriera una especie de comunión invisible en los párpados cerrados de Marianito, en sus contracciones labiales que semejaban sonrisas incontenibles y se volvió con ansiedad solitaria hacia el muro de cemento para ver a Mercedes Alcántara que ya escapaba del rincón de madera y se hallaba con media cabeza sobre la tapia de concreto con un deseo secreto en sus ojos de pena tranquila o de tristeza desconocida y César Enrique escuchó su nombre como un llamado de ultratumba que venía a regañadientes dando tumbos desde distancias ignoradas para aparecer bajando por la cordillera nevada y rodar sin retorno hasta sus oídos ajenos, porque Rosario, su madre, la bella, la de los ojos de mar en calma, que vengas a saludar a tu tía Ángela y que la beses en la mejilla derecha que está sin polvos y sin afeites, y la besé Mercedita, y me llenó la boca de un gusto pastoso que ni siquiera sabía a pasto, era una mezcla rara como jarabe amargo para la tos y frutillas demasiado maduras, y

me dio asco Mercedita, sentí como arcadas violentas en el estómago y me vino un chorro de porotos y tallarines servidos al almuerzo que se desparramaron por su cuello, y la tía Ángela, la de esmirriada figura y nariz de gancho afilado chillaba con manoteos y convulsionando todo el cuerpo como si la hubiera picado un palote en la nuez de la garganta, porque se tomaba el pelo a dos manos y miraba el techo con los ojos blancos, casi a punto de desmayarse, y yo, vomitando todavía la ví apoyarse en el respaldo del sillón jaspeado y acomodarse la falda con disimulo antes de caer desvanecida.

V

PERO ESA NO PROVIDENCIAL llegada del séquito familiar que trajo tantos primos y parientes que los dedos de las manos no alcanzaban para las combinaciones San Martín Armendia, Román Cruces, Román Alvarado, y apellidos que van y vienen apareciendo en la cocina en forma de repentinos ayudantes culinarios o regando las plantas de la galería, a manera de primas solícitas y regordetas con medias de lana hasta las rodillas y trenzas insinuadas bajo la nuca, de mucosidades colgando a la hora del aperitivo del mediodía en que solían mezclarse intempestivos, provocando la reconvención familiar de los adultos para que desalojaran el comedor de estas porquerías, porque hay asuntos importantes que tratar, y acudían las nanas por las puertas laterales al instantáneo sonido de campanillas de metales decorados y se llevaban de las orejas, con el mayor disimulo, a la nueva generación que chillaba con denuedo y pateaba los tobillos, y toda esa gama de heterogéneas personalidades

y un mismo tronco ancestral, toda esa corte de ojos que espiaban cualquier movimiento y clasificaban desviaciones y adulterios que se iban consignando al final de los pasillos, en las confortables recámaras de los huéspedes interminables, progresivamente iban cambiando la faz de una monotonía feliz, y don César se veía obligado a cobijar el inoportuno auge aristocrático que siempre deseó secretamente, pero no de esta manera Rosario, no creía que la realidad fuera tan diferente y tú con esa manía de ser la más perfecta, porque has trastornado el paisaje, si ya no puedo salir a trotar por las mañanas, y sus dálmatas pintarrajeados se aburrían soberanamente en sus casuchas esperando la voz del amo, qué hará que ahora no viene, y todas las habitaciones estaban siendo sacudidas a las once de la mañana, y sin pausas corrían por los vastos espacios de la casa niños que no pensaban en despertar, y César Enrique se topó una tarde con la oscura habitación del fondo del pasillo y pegó el oído intranquilo y atisbó por la ranura y abrió sigiloso la puerta sin cerrojo para ver a su padre resoplando furibundo en la penumbra encima de dos piernas que no eran de Rosario, sino que de la prima, de su tía empolveta, que se aferraba con ambas manos a las espaldas del vestón marengo de su padre y vio sus vestidos levantados más arriba de las rodillas blancuzcas y sus ojos de nuevo blancos, pero desmayándose de veras en una mueca lúbrica que no podía entender, y su padre giró el cuello, y vio su congestión iluminada por el rayo de luz de la puerta entreabierta, y que cierras esa puerta mocosamente de mierda, para que él huyera y se perdiera hacia el campo, pasara por habitaciones desalojadas y con el portazo en sus oídos percibió por el rabillo del ojo a su madre, Rosario San Martín, acomodándose una cinta tricolor en su cintura menuda frente al espejo de medialuna con bordes

esmaltados y recordó las manos de sus nanas colocándole un sombrero florido y esa mirada interrogante que lo vio pasar como una sombra difusa y oyó su nombre como una letanía y pasó por el comedor donde primos desconocidos hacían girar las tapas de las azucareras sobre la mesa servida y bajó las escaleras tropezando con la alfombra persa y sintiendo quejidos ignorados retumbando en su cerebro como una aterradora persecución desde la pieza del fondo, porque no podía huir y huía, y aquellos ecos sonoros de un goce que no era suyo lo habían tirado de los tobillos, trataban de empujarlo a una salida, pero lo estaban tironeando, y a dónde voy, por qué escapo, levantándose y cayendo, abrió la puerta que le mostró un sendero repetido, y los gatos siameses se hicieron a un lado maullando agresivos y César Enrique sudaba, con sus siete años a cuestas se perdió entre los pinos sin escuchar cómo los pájaros asustados se iban de las ramas y corrió toda la tarde de ese día sin que el cansancio lo venciera y la mañana envuelta en la humedad de su rocío lo despertó ante dos piernas que se perdían hacia el cielo, y ahora no recordaba ni dónde ni cuándo había llegado esa mano enorme que tomaba su cuerpo helado, y don César, que esto no era posible y mientras más se les ama con más rapidez se escupe el amor ofrecido, y que olvides lo que has visto, porque hasta los niños sueñan despiertos, y yo me quedé quietecito Mercedes, con temor de respirar demasiado fuerte, porque tenía que olvidar lo que recordaría siempre y no quise ni pude hablar, enmudecí una semana, dos meses y luego un año y tres días, y lo llevaron a la capital en un tren de primera que atravesó pueblos de fantasía que llenaban la ventanilla izquierda y ví cómo pastaban caballos de colores que nunca imaginé y saltaban sobre sus patas delanteras golpeando gruesos alambrados de púas que despedían

chispas estrelladas que llegaban diluidas a tocar el cristal, y mi madre descorría el cerrojo para tomar tortas de manjar con la esperanza de que yo hablara, que su César Enrique exclamara de gozo, pero no existía forma de romper aquél hechizo, decía don César y lo miraba con rencor calculado, porque tú no quieres hablar porque no quieres y nos tienes encadenados, tratando de hacerme sentir una culpa que no merezco, hijo de puta, pensaba y lo fulminaba con la mirada, pero te voy a vencer aunque me demore un año, y fue un año y tres días de pastillas al desayuno, de horribles pócimas al mediodía, de largos recetarios que dictaba el doctor Del Río, el mejor especialista de Santiago, cuyo rostro se ensombreció al palpar las amígdalas de César Enrique y le pinchó la lengua con una aguja tan delgada que casi no sintió y le auscultaba el pecho acercando su oreja de indio caricaturizado, movió la cabeza negativamente, porque era un caso increíble, y en apariencia no tiene nada, pero si usted se fija se le pegó la lengua al paladar, la tiene como fijada y lo extraño es que no hay razón aparente, aunque los ojos de César Enrique lo escrutaban desafiantes, ya que usted no puede saberlo doctor, se ha quedado desconcertado y lo más probable es que pase el tiempo y no diga nada en absoluto, y podrá ser un mes o puede que para siempre doña Rosario, pero la esperanza es lo último que en el hombre muere, así que masajes matinales en la punta de la lengua y apretones en las mejillas de diez minutos al acostarse hasta que se cumpla el plazo de la normalidad, y César Enrique volvió a un ámbito nuevo y diferente, porque su padre decidió que seguiría en Los Padres Salesianos en calidad de oyente y el mudo rendía los exámenes con respuestas acertivas moviendo la cabeza de arriba abajo por un lapso preestablecido, y sus compañeros dibujaban lenguas de

cordero en la pizarra y lenguas babeantes de bueyes que el profesor borraba exasperado, porque de la desgracia ajena es un pecado burlarse, y el mudo César Enrique, el hijo de la bella y del latifundista altanero, se fue por las puertas de servicio, se mezcló impaciente entre las multitudes del centro de la ciudad y cuando lo nombraban en la lista para que levantara su mano derecha él se hallaba saltando por el muro trasero y se metía incesante entre los autos cruzando las esquinas y eludiendo los gritos de los transeúntes, hasta que la hora de tomar el bus para Yumbel lo sorprendía columpiándose en el parque Ecuador o mirando desde lo alto cómo la lluvia caía o el sol brillaba en las ventanas de los edificios.

PERO DEBIA LLEGAR el día de la resurrección de la palabra o de los divinos milagros en que los hombres y las mujeres se apilaban como un gran rebaño humano detrás de la Virgen María y su niño en brazos y recorrían el pueblo de arriba abajo entonando salmos que César Enrique acompañaba con el pensamiento, y esperaron gran parte de la mañana en la curva del Diablo, a varios kilómetros de Yumbel hacia el Norte, donde en una época no muy lejana se desbarrancó un microbús repleto de niños de la primaria San Alfonso Apóstol de los Desamparados, y no se salvó ni uno solo, porque el precipicio tenía dos docenas de metros de altura y todos desparramados en el fondo como un rosario siniestro de misteriosos designios, y allí se erigió un pequeño santuario con veinte pequeñas lápidas simbólicas por los veinte cuerpos demolidos y sobre la parte alta de la capilla se colocaban a diario innumerables velas encendidas como testimonio de la devoción temerosa que inspiraba la curva del desastre y que motivaba el lento paso de los camiones y su detención, el consabido ritual de religiosa contemplación y se santiguaban respetuosos para que el resto del camino fuera llevadero, y desde allí partía la procesión de un pueblo adormecido, y César Enrique abría bien los ojos que hablaban por su mudez y apretaba la mano de Rosario para que no se le saliera la emoción por la mirada, pero se escapaba de igual manera y no podía expresar lo imposible, porque seguía el paso lento de la muchedumbre, inmerso en el gentío incansable que devoraba kilómetros bajo la lluvia delgada y César Enrique no sentía frío ni el cuerpo le pesaba, porque se le antojaba un rito maravilloso ir detrás de la Virgen de yeso erguida sobre los hombros de doce campesinos y todos cantaban como si de ello dependiera la cosecha de maíz, la benignidad de un clima riguroso, la

salida del sol más temprano, la resurrección, la muerte de la muerte y la vida eterna, como si de los pasados vericuetos familiares tuvieran al retorno soluciones inmediatas por obra y gracia de la misericordiosa, de la que todo lo puede, incluso que mi mudito hable querida Virgen mía, que se le despegue la lengua del paladar, porque él está sufriendo, y yo no se por qué me complacía que mi madre llorara en silencio con la ventana abierta en las noches de invierno y se perdiera su vista en la inmensidad más oscura, no se qué extraña razón me desataba de las sábanas obligadas y en mis pijamas de algodón salía al patio de los ciruelos y me ocultaba detrás de la higuera que presagiaba la inmortalidad de las noches de San Juan, y que se estiraba indecisa hacia el cuarto de mi madre que proseguía su llanto silencioso sofocando sus suspiros para que don César no despertara y la viera semidesnuda en el marco del cielo, pero fue inevitable que la higuera creciera con sus lágrimas inacabables y una de sus hojas se balanceara suavemente en la nariz de don César que despertó del largo sueño de los justos bajo un estornudo repentino, y la ventana qué hacía abierta a esa hora de la noche, y los postigos por qué no han sido colocados y este ramaje que había perturbado su dormitar religioso de dónde salió y qué hacía Rosario San Martín envuelta en el follaje con los codos apoyados en la ventana, y César Enrique saltó como por encanto la distancia que lo separaba de su habitación, y a la mañana siguiente dos empleados aserraban el tronco de la higuera soñada que nadie notara y que fue convertida en pequeños trozos que alimentaron el fuego de la chimenea, porque desde que el hombre pisó la tierra y el mundo es mundo todo se ha hecho con la fuerza de las manos y no me vengan con patrañas milagrosas, así que al suelo el árbol del dolor taciturno de mi esposa, y Rosario se

enjugó con la punta del delantal los párpados reseco y continuó lentamente de la mano de César Enrique que contaba sus pasos en un dos, un dos, como los niños del parque y miraba cómo se persignaban cada diez metros provocando la detención de sus pupilas, porque no sé bien a dónde vamos ni por qué, pero todos la siguen y a medida que entraban hacia la plaza el clamoroso cántico humano elevó su entonación remeciendo las hojas de los árboles y las puertas de todas las habitaciones comenzaron a golpearse y una corriente helada atravesó la larga procesión cuando César Enrique gritó desaforado que la Virgen sonreía.

VII

LES SUGERIA QUE FUERAN a buscar callampas en los faldeos del cerro, que se internaran más allá de las zarzamoras y eligieran al azar un número no inferior a diez, queridas primas, mientras él quedaba al cuidado de Mercedita que se hallaba sentada sobre sus talones y llenaba un balde calipso con tierra erosionada, lo daba vueltas y volvía a llenarlo, al tiempo que con un pedazo de tiza rayaba una docena de piedras diferentes que César Enrique situara alrededor de las rodillas para que no se saliera del círculo trazado y se dedicara a su juego predilecto, y a esos intervalos repetidos que consistían en mirarlo con tranquila curiosidad como si le preguntara ninguna cosa, pero buceando en su interior, al fondo de sus ojos ansiosos, de aquella mirada que César Enrique se esforzaba en ocultar distrayendo su visión a la altura de las nubes, la paseaba por el delgado hilo que las curvas formaban en la carretera en una porfiada seguidilla, la retrotraía a gastados recuerdos inconexos para que ella no viera lo que él deseaba, lo que estaba necesitando desde que les dijo a las primitas que se

perdieran en su búsqueda inútil, porque de una u otra forma sus sentidos lo llevaban inexorablemente a contemplar tu pequeña boquita Mercedes, tu sonrisa quieta de rostro adulto y lo atraía un halo embrujado que daba incontables vueltas en torno de su cuerpo, que asfixiaba su respiración y él, César Enrique, pretendía llenar el balde con hierbas y arena en gestos maquinales, y ella absorta en un mundo fantástico como si intuyera que su salvación provenía de su constante ocupación manual, pero César Enrique emitía un comentario sin sentido para que no sospechara qué se fraguaba tras su persistente observación y como una casual manera amistosa le arregló el cabello y anudó los cordones del cuello de su blusa anaranjada con desiguales motitas celestes y pasó sus dedos por la garganta infantil como espantando un anillo de presión inexistente para tomarla de la nuca y besarla en su boca diminuta, y ella con los ojos bien abiertos esperando que César Enrique la dejara continuar su juego, que pudiera dar vueltas el balde en su vestido plisado para volver a llenarlo con guijarros y pétalos de flores que dejaba caer de uno en uno, y él le hablaba con ternura de insinuación desconocida, porque un hechizo verdadero nacía de ese silencio abismante de Mercedita que parecía tenerlo al borde la ingenua desesperación y se inclinaba a la altura de su frente pretextando una mariposa invisible para acariciar su tostada piel inmadura y luego se levantaba acicateada por el murmullo del viento ululante a través del ramaje de los pinos y por las voces apenas audibles de los demás niños que descubrían una madriguera en los faldeos del cerro y hurgaban con un palo a la espera de la aparición insospechada, y hasta allá corría Mercedita y hasta allá la seguía César Enrique, porque un beso fugaz no era suficiente y los latidos del pecho lo llevaban con insistencia a querer

aplastar esos labios inmóviles sin otra pretensión posible, porque le urgía la satisfacción de un apetito irreconocible y extraño que lo llevaba a colocarse en sus proximidades desde donde pudiera olfatear esa emanación de virginal impubertad que lograba obnubilar su conciencia infantil, desechando los naturales juegos inocentes, hasta que llegado el día de la separación obligada Mercedita desapareció como tragada por el desconocimiento y los ojos de César Enrique la buscaron incesantes por los sitios conocidos, en las infaltables orillas del río Andalién, en las alturas del pino mayor que crecía a un extremo del jardín y a donde subían los dos a recostarse en su cúpula verdosa casi al borde del aire azulado y allí habían moldeado una especie de endeble cuna para hacer descansar sus silencios de nubes que pasaban sin cesar, y la buscó en las cuatro esquinas del patio trasero y brincó por la tapia una vez más sin que descubriera su apostura sentada en la puerta de la casa ni viera las gallinas castellanas en el gallinero o los patos chapoteando en el barro, porque le llegó una inquietud de desalojo, imágenes de vacío que invadieron sus preguntas y César Enrique se quedó apoyado en el tambor que almacenaba el agua del pozo repasando tristemente el día de la procesión en que recuperó la palabra y los primeros ojos que vio fueron los de Mercedes que intentó correr entre las piernas de la muchedumbre para oír en medio de gritos y plegarias cómo César Enrique preguntaba dónde estaba Mercedes Alcántara, que quiero que oiga su nombre de mis labios, pero el milagro era patrimonio general y todos ansiaban tocar, aunque sólo fuera un cabello del niño encantado que rompiera el hechizo del diablo, y no ha existido tal milagro, repetía don César golpeando con la punta del zapato las paredes de la casa, porque nunca ha habido hechizo alguno, y este hijo ha sido

un castigo inmerecido, una irreverencia sin sentido, y yo sé que hablaba en las noches otoñales cuando aprovechaba la caída de las hojas de los árboles para ocultar sus palabras, y ahora César Enrique podía mover un dedo y los acólitos inesperados miraban hacia donde indicaba y si estaba dirigido al sur partían en esa dirección, y si señalaba el suelo se arrodillaban con la cabeza gacha y suspiraban buscando una clave entre las piedras, hasta que don César decidió que un milagro se oculta y se olvida y así envió a su primogénito al internado del colegio de Los Padres Salesianos, pensando que con aquella determinación quedaba abolida la estupidez ciudadana.

VIII

GRACIELA ALCANTARA LAVABA la ropa en la artesa del patio, removía la tierra trasplantando raíces de coliflor y luego de servir el almuerzo producto de sus personales recetas, volvía a abrir el suelo enrojecido con sus manos dejando caer semillas de violetas, pasaba un paño mojado por las grandes hojas de los mantos de eva y sacudía los

gomeros con un plumero negro y cuando la noche extendía su densa penumbra por el campo desde su pieza lateral describía tímidamente las raídas cortinas y con un ojo entrecerrado escrutaba la carretera, porque sabía que despertando las primeras luces del alumbrado César Román aparecería en la curva del Diablo silbando una canción ignorada que él le comunicaba como una digresión de su camino y de su propio trabajo, y César Román ingresaba por la amplia puerta de la casa de su hermano, se limpiaba los pies en el rellano alcanzando a ver cómo las cortinas se cerraban apresuradamente y una luz de vela delineaba la figura de Graciela, la que él no conocía, pero que sorprendió una mañana de octubre flotando desnuda en un recodo del río Andalién y escondido tras los grandes roqueríos vio cómo se desperzaba su cuerpo vital, y pleno de sensaciones se mantuvo descubriendo sus íntimos secretos, la oscuridad de su sexo incitante que brilló repentino a la salida del agua, y César Román, el múltiple, el permanente explorador de su realización, el de varios oficios y ninguna profesión se encontró cara a cara con ella al día siguiente en la casa de su hermano Cristóbal al recibir un desayuno de ojos fijos e insinuantes proposiciones que lo mantuvieron insomne durante noches y madrugadas para que resolviera retardar su paso rutinario y regresara con el ansia de la posesión y ella dejara la ventana entreabierta por donde se colaba un aire frío incapaz de entibiar su deseo de contacto varonil, porque Graciela Alcántara, la criada de toda la vida, ocultó siempre su ardorosa sensualidad con una mecánica distribución de sus actos y su quehacer impersonal desechaba, al momento de nacer, las primeras invocaciones masculinas que constantemente rondaban sus paseos de media tarde por los trigales amarillos o sus cabalgatas de fines de semana, pero

él, César Román, despertó en ella su antiguo letargo que enfrentó sus ojos decididos, su apostura de hombre con ideas fijas y supo que esa noche entraba silencioso por el marco de la ventana y lo recibió dentro suyo sin decir palabra y necesitando su seguridad definitiva, amando su entrega cerebral y rogando internamente que ese contacto fuera el inicio de una compañía distinta, pero César Román pensaba en otro tiempo y otro espacio, y besaba en las tinieblas con su amor insatisfecho, con su perenne búsqueda derrotada, y quería que esos brazos le marcaran un destino, una forma de encuentro que desechó al introducir su cuerpo por la ventana, porque sabía que tenía que hacerlo, que un impulso remoto lo empujaba a deshacer esa carencia de vida hasta que terminó dudando del fruto que percibió tiempo después latiendo en el vientre de Graciela Alcántara que no fue a llamarlo al cuartel de policía ni preguntó por él a través del correo y que desapareció sin dejar huellas y César Román terminó por olvidar su ligazón fugaz con la empleada de su hermano y cuando una mañana de enero reapareció Graciela Alcántara por la carretera con una pequeña niña de la mano don César Román, ya dueño de campos y bosques interminables, detuvo imperceptiblemente su andar y pasó por su lado como si no la hubiera visto nunca, pero envió a buscarla al cabo de un rato de duda manifiesta y evitando mirar su propia condenación le indicó la casa del otro lado del muro, y que allí tendría terrenos virginales y un pozo instalado y que podría criar los animales que quisiera, porque él entendía la necesidad por haberla vivido en carne propia y cuando Graciela habitó su morada envuelta en su mutismo presintió que algo inevitable cambiaría el curso de su vida que se fue transformando en un celoso resguardo del pasado y un vigilante acecho del presente, y César Enrique no debía

cruzar la muralla y mezclarse con esa gente Rosario, que es buena gente, pero las mezclas son siempre perjudiciales y los hábitos no dirigidos, perniciosos, así que César Enrique soportaba una tutela exagerada que aprovechaba el menor descuido para llegar a reunirse en el gran cajón de madera tomado de las manos de Mercedita y escuchaba su nombre perderse en una búsqueda infructuosa, hasta que don César Román fue despertado durante una madrugada imprevista y manoteó el aire queriendo alejar la higuera inexistente y se refregó los párpados tanteando en las sombras el cuerpo de Rosario, que te calmes César, que despiertes pronto, porque Graciela Alcántara se ha matado, y se vistieron de prisa, bajaron las escaleras, abrieron el delgado portón del muro seguidos por César Enrique que avanzaba sigiloso en puntas de pie, y un empleado empujó débilmente la puerta de entrada elevando el candelabro para iluminar a Graciela balanceándose en una de las vigas del techo a medio construir y Rosario San Martín se llevó las manos a la boca ahogando un gemido que le pareció interminable al constatar que estaba verdaderamente muerta, que por vez primera la muerte asomaba su cuerpo presente ante su atónita mirada y don César apoyó su hombro en la pared, vio girar la habitación como si quisiera tragárselo mientras aferraba su horror controlado a un futuro que confirmaba su incertidumbre, y antes de que emitiera alguna orden o hiciera algún comentario su hijo pasaba entre ambos acercándose con temerosa decisión hacia Mercedes que encucillada en un rincón contemplaba largas horas el oscilamiento eterno de la madre, y le acarició el cabello con delicada solicitud, como si de ese contacto dependiera su probable existencia y sólo don César presintió una velada amenaza en los ojos acerados de Mercedes que detuvo el tiempo en las pupilas de

César Enrique y dio la impresión de sentenciarlo con una terrible resolución y al sacar el cuerpo de la madre y depositarlo en unas sábanas azules Rosario San Martín quedó con el nombre de su esposo en los labios al ver sus cabellos encanecidos y desde la profundidad variable de sus ojos se enarcaron dos cejas blanquizas como agitándose para siempre en el rostro de don César, y cuando fueron a enterrar el cadáver muy pocos soslayaron ese cambio evidente y se dijo que era una inoportuna jugarreta biológica, pero que le daba un interesante aspecto de sabiduría juvenil y de bondad natural, y él había dispuesto como una confirmación de su apariencia física y de los comentarios suscitados, que fuera velada en el comedor de su casa, y colocaron la urna en medio de la habitación profusamente iluminada con innumerables cirios encendidos y se pudo escuchar una cálida melodía otoñal naciendo de los ágiles dedos de un anónimo pianista y confundirse con esa lluvia milenaria que no cesaba de correr por las paredes y se escurría por los faldeos de los cerros como si llevaran un mensaje cifrado.

IX

SIN EMBARGO, UN OLVIDO ficticio debía cubrir las sospechosas apariencias, porque no faltó quien comentara que no era usual un velatorio con esas características de forzado romanticismo al cual hubo de adscribirse una familia entera en honor de alguien que se mencionaba sólo al preguntar por César Enrique y se contestaba que en el patio de Graciela Alcántara, la de los perros perdigueros y las aves en el gallinero, y hela allí, yaciendo en el mausoleo privado de los Román, en su pequeño cementerio de unos cuantos metros cuadrados cuyos jardines repletos de floripondios y azucenas se inclinaron sin ceremoniales al peso de la urna que fue bajada con premura por los sepultureros que temían la arraigada superstición de no enterrar a quienes no dependieran del tronco familiar, porque serían perseguidos cada noche por los orígenes del ancestro ultrajado, cuna invisible y vigilante de los viejos códigos familiares, pero ella fue objeto de los mismos ritos recordatorios y se echó agua purificada santamente con una bombilla de latón que desparramó a sucesivos intervalos el padre Rigoberto, y algunas beatas volvieron la cara por la humillación sin nombre, porque se trataba de un capricho de don César, una aberración natural, un absurdo proceder de tu marido, repetía

Ángela Cruces mientras fumaba el décimo cigarrillo y daba vueltas por la habitación de Rosario, que no atinaba a comprender esos honores inmerecidos, pero ella acataba la soberana voluntad de su esposo y llegó a creer que su corazón abría su gélida capa insensible al mundo exterior, y nada tiene de extraordinario, contestaba, porque el cambio terminaba siendo favorable y cuando don César ordenó que Mercedita se fuera a la casa grande y se habilitara la última habitación del corredor, Rosario volvió a dudar por un momento al encontrarla recostada en el catre de bronce con las sábanas cubriéndole parte de la nariz y sus ojos oscuros contemplando las tablas del techo descascarado.

X

A MENUDO CESAR ENRIQUE desaparecía por la semana entera del internado de Los Padres Salesianos, porque si bien el día domingo partía, supuestamente a Concepción, se bajaba del bus a una veintena de kilómetros de Yumbel para internarse por el bosque a la búsqueda de un caserío ruinoso que se presentaba ante sus ojos entrecerrados como queriendo determinar sus formas inconclusas en medio de la oscuridad, y tres perros ladraban alegremente al reconocer su olor y su silueta, daban vueltas jugueteando entre sus piernas hasta que entraba a una cocina mal iluminada en la que se hallaba, Pancho Valverde, con su aspecto de anciano decadente, delgado y pálido, de largas patillas colorinas que lograban resaltar aún más una enorme nariz de incipientes tonalidades alcohólicas, y él lo saludaba con un vaso de vino en alto sin decir palabra alguna, y César Enrique se recostaba en un rincón húmedo y maloliente hasta

que la mañana lo despertaba remeciéndole los hombros de niño, porque es hora César, y los perros esperaban jubilosos a la salida de la casa para comenzar una tranquila peregrinación a través de los árboles, los perros olfateando y ellos esquivando las ramas más cercanas, y César Enrique a prudente distancia de los pasos de Pancho Valverde que llevaba un morral colgando de los hombros y un enmohecido cuchillo en una de sus manos como si quisiera abrir la espesura en un intento simbólico, y arrastraba tras de sí una media docena de pequeños cajones de madera unidos por una sogas que pasaba por unos doce agujeros circulares y terminaba en un grueso nudo que impedía la separación completa, y ellos formaban parte integrante de su persona, porque cuando César Enrique le preguntó qué objetivo cumplían, Pancho Valverde sonrió encogiéndose de hombros como si no tuviera la más mínima importancia, pero él encontró entre sus ropas desparramadas en un cesto de alambre una hoja arrugada que detallaba la razón de cada uno de los cajones, y uno había sido ocupado por el abuelo paterno de Pancho Valverde, y decía que durante años lo usó para sentarse a la orilla del camino desde donde veía pasar los días con absoluta parsimonia, y a él, a Pancho Valverde, le surgió una especie de anhelo persistente por poseer aquél cajón, porque sentía una creciente ansiedad al verlo reposar solitario esperando no sabía qué ni por cuánto tiempo hasta el día de su muerte en que lo primero que hizo fue apoderarse de él y pasarle una sogas por un agujero para terminar amarrándosela a la cintura, y con el cajón a la rastra anduvo por todas partes como si fuera un signo inevitable, una suerte de amuleto mitológico del que no podía desprenderse, y después, con el paso de los años, persistió en esa manía ignorada que lo impulsó a agregar otra serie de

cajones que llamaron su atención por motivos diferentes y a los cuales pretextó un uso particular o los inventó, como el caso de una cinta celeste que usara su madre como cintillo por más de quince años y que él amarró alrededor de una tabla primero, y luego hizo el cajón completo, o bien un cajón con forma de rombo donde encontró muerta su primera mascota una mañana de adolescencia fugaz, a su conejo Melanio, albo como la nieve y de ojillos colorados a cuya muerte sólo pudo sobreponerse con la adherencia del cajón a los demás, y posteriormente agregó otro que no tenía fondo y que halló colgado en mitad de una ventana de una casa abandonada, y recordaba que yo estaba solo, repetía, cubierto de polvo y observando los estragos de un tiempo implacable cuando lo ví balancearse débilmente en la ventana y me pareció una puerta al infinito, al menos una especie de puerta que daba a un cielo de noche despejada, así que mi tentación fue demasiado grande para evitar su posesión, y lo agregó sin dilación alguna, como más tarde anudó el cajón donde colocaba sus primeros zapatos y otro que guardaba una rosa dibujada por una prostituta y que él sustrajera de su habitación una noche de embriaguez, y por último estaba el más endeble donde yacían las fotografías de sus tres hijos que ya se perdían en su memoria y que imaginaba crecidos, hechos unos hombres César, y que debían estar en un país oriental desde el cual le llegaba, de tarde en tarde, una postal en que un río caudaloso arrastraba en su superficie hojas otoñales y él las iba apilando en su interior sujetas por un elástico y cuando la soledad era más grande que su resistencia las observaba con lentitud como quien cuenta las numeradas páginas de un calendario en desuso, y quizás por ese enfermizo dolor o por su grotesca manera de existir César Enrique se apegaba a esas largas

caminitas a través de los árboles como si esperara que en algún recodo impensado, un día cualquiera asomara, aunque sólo fuera un indicio que justificara su vida de ermitaño acendrado, su mutismo exacerbado y ese hermético peso de siglos que se condensaba alrededor del ruinoso caserío, al que no podía evitar mirar cada vez que iniciaban el andar matinal y se alejaban mezclando sus pisadas con los ladridos, en medio del murmullo incesante de los insectos y el vuelo inesperado de las tórtolas y los gorriones, y César Enrique aceptó, no sólo acompañar a Pancho Valverde, sino que se quedaba días completos postrado en su rincón observando cómo se bebía a sorbos acompasados botellas de vino y aguardiente y fumaba su larga pipa de madera para quedarse al fin dormido sobre la mesa, y cuando una noche de neblina don César Román remeció la puerta de un sonoro puntapié los perros ladraron con agresivo temor y los dos policías tomaron del cuello a Pancho Valverde, lo arrastraron sin contemplaciones por el suelo y terminaron por amarrarlo al tronco de un alerce donde fue golpeado en las costillas y escupido repetidamente en el rostro, y César Enrique se aferraba a sus rodillas con desesperación y lágrimas incontenibles, porque qué había hecho, y no entendía que le dijeran degenerado de mierda, si su único pecado ha sido ingerir alcohol y salir a vagar cada mañana por los bosques y los cerros, y ahora allí, tendido en el suelo sin que hubiera emitido un quejido, como si tácitamente estuviera de acuerdo con un castigo inmerecido y paradójicamente justo, hasta que se lo llevaron a la única celda de Yumbel, lo mantuvieron encerrado por semanas sin que nadie creyera lo que decía César Enrique, que él era bueno y jamás me hizo daño, y que lo encontró un día al borde de la carretera sentado en un cajón de madera en una solitaria observación esperando no

sabía qué ni por cuánto tiempo, y él sintió una curiosidad inevitable al ver que llevaba una cuerda amarrada a la cintura que enlazaba varios cajones de distintos tamaños, que son los que ahora te traigo, Pancho Valverde, porque se los habían sacado el día de la detención cortando a hachazos la cuerda, pero yo te los he vuelto a anudar, y se los entregó por la ventanilla del calabozo y Pancho Valverde amarró de nuevo la cuerda a la cintura y el guardia no volvió a escuchar ese llanto plañidero de niño ahogado que durante días provino de su celda, porque ya estaba acompañado, y un día fue dejado en libertad por la insistencia de César Enrique que llegaba a dormir al lado del calabozo y nadie pudo evitar su porfiada obstinación, porque no ha hecho nada, nada, gritaba antes de cerrar los párpados y su padre se vio obligado a retirar los cargos y asumir una actitud de indiferente nobleza, porque sólo era un viejo loco que gustaba de contemplar a los niños, pero la verdad es que no ha hecho nada a mi hijo que fue examinado por un facultativo de irónica sonrisa cuyo diagnóstico fue la normalidad, al menos externamente, y Pancho Valverde se fue paso a paso con su sonido de tablas y sus perros juguetones, de vuelta a ese espacio infranqueable, a su vagar temprano y a su ingestión alcohólica, y César Enrique no lo vio nunca más, porque día a día su padre enviaba a un empleado a saber si estaba en el internado y hubo una férrea vigilancia de sus actos y un obligado sometimiento a las decisiones paternas, hasta que después de varios años se topó con una cruz inclinada, como a punto de caerse, situada a la orilla de la carretera con las iniciales P. V. y sólo una fecha de muerte delante de media docena de pequeños cajones apilados y sujetos por una cuerda deshilachada, y César Enrique no pudo llorar como lo deseaba internamente, apenas movió la cabeza con tristeza

tratando de imaginar su rostro de anciano debilucho y sus patillas colorinas y lo único que vio fueron cientos de tablas desarmándose de un enorme cajón de madera y cayendo interminables por un agujero en el cielo extrañamente despejado.

XI

EN EL INTERNADO de Los Padres Salesianos la vida de César Enrique fue un taciturno transcurrir roto solamente por un gran deseo de escribir obras de teatro que leía en voz alta a la hora de los desayunos colectivos y la respuesta era una carcajada general de un auditorio, que según decía, era incapaz de entender la sensibilidad artística, porque a nadie preocupaba que un adolescente hiciera gala de escapismo, y allí se había ido a estudiar, a meterse de lleno en la consolidación de un porvenir tranquilo y carente de sobresaltos, sin embargo, un sino de mágica aventura se cernía sobre la cabeza de César Enrique que desde el día en que falleciera su madre pisoteada por los caballos del establo no podía encontrar un sendero de pulcritud a su tristeza, y su memoria traía los gritos de Rosario azotando desgarradoramente los ventanales del comedor a la hora de la cena dominical, y cuando quiso correr al encuentro de la noche y su alarido infernal, su padre golpeó la mesa con rostro furibundo para suavizar el gesto con una resignada sonrisa asegurando que ensayaba uno de los personajes trágicos de un drama teatral, porque la Gobernación le solicitó su impagable cooperación para las festividades

navideñas en favor de los niños desvalidos de Yumbel y el pequeño teatro pueblerino se llenaría de orgullo al ver a una ex dama de inigualable hermosura entregando todo su arte histriónico a las autoridades invitadas desde Concepción por el sempiterno alcalde, y en vista de ese remezón de los platos y tintineo inoportuno de la cuchillería César Enrique quedó con el cuerpo a medio camino y los extraños relinchos de los animales incomodaron aún más su duda de hijo, porque algo le decía que su madre se le iba y antes de volver a sentarse su cabeza se vio sacudida por misteriosas palabras que le llegaban como una despedida, y oía el nombre de Mercedes Alcántara, e inconexas sílabas pronunciaron el apellido de su padre, y una fuerza desconocida lo sacó del comedor volcando una silla y un jarrón de porcelana, y jadeando abrió los portones del establo para verla yaciendo entre unos fardos de pasto, y los caballos parecían conversar el enigma de un dolor milenario, y él, pálido como la muerte misma, no podía creer que Rosario San Martín ocupara alguna vez un retrato de princesa en los salones del Club de la Unión de Concepción, ni menos que durante largas madrugadas meciera su instinto primario y le diera de mamar desde sus bellos pechos, o que lo llevara de la mano por el trayecto de una vieja procesión, y ahora, dónde estaba esa sonrisa de ángel custodio, de inimitable candidez campestre, y ya no vería su cintura apretada por la cinta que le regalara para ella Pancho Valverde, y no era justo que los seres amados quedaran un buen día olvidados del mundo al amparo de una fotografía que el tiempo amarilleaba, y a contar de esa vez, César Enrique acudió cada mañana al cementerio y colocó una amapola en el nicho de su madre, y con Mercedes tallaron una cruz de madera que embellecieron con un oscuro barniz hallado en una alacena, y es verdad que

Mercedes lloraba, porque aprendí a querer esa belleza sumisa y callada que nunca preguntó por mi evidente condición habitando un espacio dentro de su casa, sin embargo, el congénito mutismo de Mercedes desarticulaba cualquier forma de análisis posible, y ella, la que llenara incontables días de su infancia poseía un sólido sentido de la dominación y desde que moró contigua a su cuarto golpeando las paredes antes de dormirse había hecho nacer una creciente angustia por su proximidad, y no obstante, necesitó siempre su compañía, aunque no dijera esta boca es mía o tómame como a una hermana o una hembra, y anterior aún al imprevisto suicidio de Graciela Alcántara ya se adueñaba, poco a poco, de sus gustos y sus deseos, lo arrinconaba lentamente a una inmovilidad cerebral, y César Enrique evolucionó fisiológicamente como era natural, pero desarrolló una paralela existencia deambulatoria de sus propios pasos, y era obvio que la repentina bondad paternal de don César Román tenía un precio inequívoco, y Mercedita se veía realizando las consideradas denigrantes labores hogareñas, y limpiaba el camino de las fuentes al amanecer sacando a paladas los excrementos de la veintena de siameses y por las tardes daba de comer afrecho a los chanchos y avena a las gallinas mientras oía la estentórea voz de don César, que ya iba cediendo terreno en su espíritu indomable y una especie de agudo cansancio lo postró un buen día en cama impidiéndole vigilar los quehaceres cotidianos personalmente, pero desde su lecho de enfermo gritaba a todo el mundo que ni la muerte de mi querida Rosario me hará flaquear como hombre, y pedía que le llevaran a los terneros recién paridos para constatar si los habían aseado con agua de toronjil, porque les endurece los huesos y caminan más de prisa, y a voz en cuello mezclaba

su inquietud con el cacareo de los gallineros anunciando la postura de un huevo, y tráiganme todos los del día, y contaba en presencia de testigos los huevos del canasto, porque nadie vendrá a robarme a estas alturas de mi vida, que César Enrique consideraba la inevitable llegada de la soledad con su carruaje mortuario, y sin duda ya no era el mismo de años anteriores que se negó a abrirle la puerta de entrada, pero si soy yo padre, tu hijo César Enrique llegando de vacaciones a las doce de la noche, y le preguntó su nombre completo del otro lado de la puerta, el lugar de su nacimiento y qué vestido usaba Rosario San Martín el día de su coronación, ya que usted puede ser un impostor caído de las sombras y debo estar seguro de mi raza y de mi sangre, y su número de carné y el sitio del lunar familiar en la piel de los varones Román, y todo lo contestaba con ridícula certeza, pero incluso pudo averiguarlo o ser una rara coincidencia, así que me dejó durmiendo bajo la leve llovizna, pero ahora no era el mismo, y sus absurdos arrebatos provocaban la risa burlona de los empleados, a quienes amenazaba blandiendo un garrote y aseverando que el poder aún estaba entre sus manos, y puedo tener el cuerpo malo pero mi cabeza todavía trabaja y el que no quiera servir que se vaya por donde ha venido, advertía casi moribundo con los ojos bien abiertos por su perpetua vigilia ocultando su abultada billetera, la que cambiaba a toda hora de lugar dentro de su dormitorio, y se arrastraba como si una víbora humana buscara el sitio diferente, para que ninguno se entere de mi fortuna, mascullaba en su soledad, y cuando se esperaba un diagnóstico final y se llamó al padre Rigoberto para darle la extremaunción su lecho estaba vacío, y lo vieron por la ventana azotar como antaño a sus dálmatas pintarrajeados antes de su trote matinal, y los saludó con su brazo en alto como si nada

aconteciera, pero no llegó al mediodía ni en la tarde, así que fuimos a buscarlo al puente número cinco donde acostumbraba a descansar, y su descanso era eterno sobre el suelo, con los perros que aullaban a las alturas encontramos su cuerpo dormido como mirando un lejano punto del infinito, y allí César Enrique no sabía qué hacer con las manos en los bolsillos y ante una mueca de estupidez reflejada en su semblante surgió Mercedes Alcántara, la esposa de la mudez, y ordenó que lo subieran a la carretera y le limpió los zapatos y sacudió la arena de sus cabellos como si aquel deceso fuera parte de un destino categórico que sólo ella entendía en su fría magnitud, y César Enrique apenas atinaba a recordar el mediodía que estacionaba sus rayos encima de la cabeza de César Román y esposa y les comunicó su abrupto casamiento, y a don César se le desparramó el trago ensuciando su pantalón de gabardina y un acceso de tos lo convulsionó por largos minutos, porque me caso con Mercedes la semana que viene, y qué locura era aquella de trastornar la convivencia familiar siendo tú el único heredero de todos nuestros bienes y no hay la más mínima correspondencia con una pobre empleada del aseo que acudiría del brazo de su hijo a un porvenir de nietos indeseables, y nosotros cumplimos con vestirla y darle de comer para que tú te rebeles sin causa como si tu aparición por la vida de tu madre fuera una casualidad, pero era mayor de edad y a las dos semanas retornaron con una copia de la partida matrimonial que don César hizo mil pedazos ante la insistente persuasión de Rosario que le pedía una discreta indulgencia, una claudicación filial y cariñosa, después de todo era la propia decisión de una vida independiente, hasta que aceptó que Mercedes fuera la cónyuge de un primogénito en incipiente estado demencial, repetía en sus

primeras noches de insomnio en que iba del lecho a la ventana y viceversa diciendo una oración inentendible que provocaba un pánico contenido en Rosario, la que sólo se atrevía a espiar entremedio de las sábanas, porque don César sí comenzaba una progresiva alteración de sus facultades mentales, una metamorfosis evidente que acentuaba el raro envejecimiento contraído la noche del cadáver de Graciela, y Rosario pretendía escarbar una realidad demasiado fantástica para su sencilla imaginación, así todo se reducía en ella al antiguo sometimiento tímido y reverencial, y a un perpetuo choque de su maternal sensibilidad con esa aprehensión terrible de las caminatas de su marido, en las que solía bajar las escaleras como un sonámbulo de una pesadilla ilimitada y recorrer descalzo la humedad de la noche sin que presintiera el ahogado llamado de Rosario, para que vengas César y despiertes como antes en la seguridad de mis abrazos, pero no existía la fórmula precisa que le fuera revelada y debía conformarse con la intranquilidad de un futuro alarmante, hasta que una madrugada de parecidos ribetes don César la despertó con un monólogo distinto en que nombraba a Graciela Alcántara sentado al borde de la cama y rogaba como un eco atormentado que lo dejaran en paz y se marchara, e insistía que fuerzas invisibles manejaban la vida de los hombres, y a ella, a Rosario, no le sacó nadie de la mente que escuchó una risa de mujer brotando de los labios de su esposo, y yo lo miraba con un temor indecible, César Enrique, por eso he corrido a tu cuarto para que puedan despertarlo, y Mercedes lo encaminó con medida suavidad hacia su lecho y con la mano izquierda. descorrió el pestillo de la ventana para que una brisa interior desalojara fríamente la habitación y don César despertara sollozando como un niño extraviado y asustado por su

sombra, sin saber a ciencia cierta qué ocurría, y por qué todos en batas de levantarse en las horas del sueño reparador, y disimuló con el antebrazo su faz descongestionada en el espejo, sin razón que la justificara, y lo que más le molestó fue la indeseable apostura de Mercedes en su dormitorio, y ya era suficiente con verla rondar por la casa como diurna pesadilla Rosario, pero que no asome el vacío de su mirada removiéndome el sueño, y ninguno pudo convencerlo de que algo en él no funcionaba y que no era normal dialogar con las paredes en un semiestado de inconciencia y reír con voces ajenas a las cuatro de la mañana como un poseído.

XII

LE DIJO QUE ERA el hombre apropiado palmoteándole la espalda, te lo digo yo, primo por tu sangre y amigo por elección, ahora que lo único que le sobraba era un poco de apellido, y Mariano Cruces le guiñaba un ojo con fraterna complicidad en los instantes que el pueblo de Yumbel recibía en sus escasas paredes carteles de intensa propaganda, y César Enrique veía caer, con cierta abulia, volantes desde un aeroplano y desparramarse por las calles empolvadas, como el inmediato anuncio del día de las elecciones municipales, y nadie mejor que tú para el puesto vacante del alcalde que jubilara con tres pensiones vitalicias, una por cada hijo y la restante por su mujer fallecida en un accidente del tránsito en sospechosas circunstancias, y César Enrique, que dilapidara la herencia de los Román talando doce mil hectáreas de pino insigne y vendiera en pedacitos el latifundio paterno, lo contemplaba incrédulo, si yo no tengo capacidad para ejercer cargo público alguno, y apenas

laboraba como bibliotecario en una pieza de reducida estantería habilitada en el subsuelo de la posta de primeros auxilios, después que fuera el amo y señor de terrenos heredados por accidente, porque siempre protestó para sus adentros su condición de poseedor injustificado en tanto la gente se apilaba en la parte habitable del cerro De La Victoria y era común ver la caída de un niño de cuatro años de lo alto de sus barrancos cortados a pique por las palas de vialidad que iban abriendo un amplio surco en medio de sus entrañas para que el progreso emergiera por el túnel más grande jamás construido por el hombre, y que comunicaba, en principio, el pueblo de Yumbel con el río Bío Bío, donde ya se esperaba la próxima aparición de los primeros cascos amarillos con un balneario construido a un extremo de la salida, o de la entrada, según el ángulo de referencia, y a una plazoleta de pura piedra que se había levantado para el discurso inaugural que correspondería a la nueva autoridad elegida, pero él ni siquiera cumplió los designios familiares y fue derribando mitos obligatorios con una semiinconsciente voluntad, y sin saber cómo se halló un día parado en el centro mismo de sus dieciséis hectáreas restantes, en un árido terreno donde las papas se cosechaban resecas y los tomates adquirirían al momento de ser cortados de la mata el color turquesa de los ojos de su madre, y los animales reptaban medio moribundos olfateando pastos inexistentes, y él quiso cambiar sus últimos vestigios de tierra por una edición empastada de dieciséis tomos de la historia teatral del hombre, y forrada en cuero de nutria disecada, y es un tomo por cada hectárea Mercedita, por lo que Mercedes salió, delantal en mano, rumbo al único tribunal y a la semana siguiente una copia autorizada de la interdicción de su marido fue claveteada en la puerta de su casa, y de aquí

no se mueve nadie, vociferó de pronto Mercedes Alcántara con una voz de enormes proporciones que hizo temblar a los tres pescaditos que sobrevivían en una vasija de barro como el mudo testimonio de unas fuentes de mármol destruidas, y César Enrique ya no dudó que ese era el instante de la consolidación de un diálogo unilateral en que sólo negaba con los párpados sobre la mesa y asentía las tomadas decisiones de su esposa, porque los hechos tenían su consecuencia y antes del yugo subyugador él había partido a Concepción, escrituras en mano, a vender los pastizales, la mitad del río Andalién y a donar dos mil cabezas de ganado vacuno a los humildes del pueblo, y se perdió por semanas enteras para volver un día con los bolsillos vacíos, y ahora tu me propones el cargo de autoridad como si yo fuera un elegido de Dios, y con más temor que valentía por las dudas engendradas se acercó, dos días antes del acto eleccionario, a inscribir su postulación en el partido que fundara su padre en una iniciativa de beneficencia mal entendida, y lo miraron con aprensión y un dejo de ironía, ya que no siempre el hijo es el diáfano reflejo del padre y éste era el caso más socorrido en toda la región, y le preguntaron por la forma en que podría encarar la omnímoda fuerza del partido tradicional que emitía su propaganda por los medios más modernos; incluyéndose un aeroplano de colores que lanzaba papelitos picados con el nombre del triunfador, y cuando al fin su más absoluto silencio se acompañó de una torpe sonrisa se creyó que poseía una clave secreta para gobernar el pueblo por un período indefinido, así que se fue apresurado en busca de Mariano Cruces, quien le dijo que la broma había ido demasiado lejos y que su mitomanía lo llevó a ofrecer el falso apoyo de los círculos independientes, pero César Enrique no lo escuchaba sacando cuentas de posibles

electores, así que decidió acompañar su novel candidatura y pidieron prestado el único carro de bomberos incluido el nuevo capitán, y el mismo megáfono que anunciara años atrás el triunfo de su madre proclamó su postulación alrededor de la plaza y giraron por quince veces como símbolo de sus primeros años de alcalde, para luego salir a la carretera y colocar en un poste de alumbrado una foto gigantesca del tierno séquito familiar en la que Rosario San Martín lucía una corona de reina en una de sus manos y su padre sostenía a Mercedes en sus rodillas, y la misma mañana de las elecciones el pueblo entero miró hacia las alturas del cerro De La Victoria que llenaba el paisaje con su frondosidad vegetal, y todos contuvieron una exclamación de asombro que iba más allá de los caseríos ruinosos para ver deslizadas las enormes iniciales de César Enrique como si hubieran sido gestadas por alguien inhumano y la desconfianza se propagó como un rumor independiente al verlo saludar con cierta desenvoltura a los primeros electores, y explicaba que con Mariano Cruces rociaron con bencina el trecho de los árboles y antes que alguien preguntara qué es esa humareda que avanza hasta la plaza, César Enrique tosía en medio del ahogo general y el ruido de la sirena lo sobrecogió de espanto, y cuando por la tarde se anunciaba por las radios como un curioso hecho digno de un almanaque o algún anecdotario, que en el pueblo perdido de Yumbel obtenía dos votos logrando la más escasa votación que registrara la historia cívica nacional, César Enrique se encontraba todavía apaleando tierra sobre las últimas cenizas de un bosque destrozado, para después decidir su voluntaria reclusión en el subsuelo bibliotecario, y Mercedes le enviaba, una que otra vez, una vianda con alimentos, porque César Enrique se refugió en una lectura demoníaca pasando

días enteros sin probar bocado alguno, y sólo rompía su reconcentrada atención al ser víctima del agotamiento, y en más de una ocasión sufrió lagunas mentales en las que perdía la noción del tiempo y del espacio, pero jamás olvidaba un texto de consulta y con la vista vendada podía reconocer los títulos y autores apilados en las repisas con un suave toque de sus dedos, y su eficiencia como empleado de la biblioteca ganó los adeptos que le negaran las elecciones y era común ver autos y microbuses estacionados a la entrada de la posta de primeros auxilios venidos desde Concepción trayendo a estudiantes y profesores que le preguntaban por tal o cual obra imposible de encontrar en el mercado y que nadie se explicaba cómo podía hallarse en una miserable biblioteca como aquella, y él era capaz de recitar pasajes enteros de un libro sin olvidar una coma e incluso inventar personajes e intercalarlos en pasajes aburridos sin originar sospechas, hasta que, no se supo quien, lo convenció de un inmenso talento que no poseía y le ofrecieron el cargo de director escénico provincial, y un buen día, retornando la senda de las relaciones sociales, se anunciaba una vieja obra de teatro que muchos quisieron asociar a la que su madre no terminara, y él asumía la dirección y el papel de primer actor de carácter, según rezaban los afiches, con una pléyade de conspicuos acompañantes y el acto inicial mostró un escenario vacío al subirse el telón y alguien entraba con una mesa ennegrecida situándola en medio de un opaco cortinaje de fondo y ante la impaciencia de un público numeroso que se revolvía en sus asientos transcurrieron diez minutos en el más absoluto silencio y próximo al inicio de los silbidos reprobatorios emergió César Enrique por un costado trayendo una silla de fierro forjado que le sirvió de descanso para mirar con extraña seriedad a la platea repleta y, al tiempo que

comenzaban a cruzar delante suyo una lavandera llevando un perro con un cordel seguidos de un payaso que se arrastraba como olfateándole el rabo, César Enrique fue presa de una risa incontenible que coincidió con el airado retiro del gobernador provincial y un sinnúmero de sillas arrojadas al escenario.

XIII

NO ERA NUEVO LO OCURRIDO ya que con anterioridad sucedieron hechos similares como la vez que se le invitó a representar una obra basada en las tribulaciones de un infausto esquizofrénico, y él tuvo la ayuda de Mariano Cruces quien obtuvo el permiso de la prisión en que se hallaba por haber sido acusado de agitador, y César Enrique sabía que aquello no era tan efectivo preciándose de conocer muy bien a su primo y las veces que le escuchó desarrollar algún planteamiento teórico finalizaba en un maremagnum de contradictorios argumentos que le hacían dudar hasta de su propia materialidad, y él recordaba perfectamente la ocasión en que Mariano le pidió lo ayudara a colocar una bandera con forma de sol astillado tejida por su madre en precioso estilo puntillista en el campanario de la iglesia, que aún obedecía los designios del padre Rigoberto, porque argüía que tenía un sitio preferencial desde el punto de vista geográfico, así que insistió hasta el cansancio en que lo acompañara a las tres de la tarde, y César Enrique le contestó que era una locura por los cuatro costados y que había fundado un movimiento que contaba en sus filas con un solo afiliado, y Mariano Cruces le contra argumentaba que siempre los comienzos eran difíciles en todo orden de cosas y que las obras de los grandes hombres surgían en todas las latitudes partiendo del sacrificio personal, pero que cuando la verdad iba esclareciendo sus contornos se sumarían en tropel los más adelantados y que, en última instancia, aquella era apenas una indicación de orden general como podía serlo la bandera de una verdulería o de un puesto de pan, y que tenía por objeto que el pueblo se enterara de las reivindicaciones universales salidas de su cerebro, y no es lícito que arriesgues tu seguridad personal a las tres de la tarde en que te verá todo el mundo arriba de un campanario, y que no podría caminar un par de cuadras antes de ser aprehendido, pero Mariano Cruces no desistió de su empeño recalcando que la previsión era la madre de la seguridad querido primo, y las tres de la tarde es sólo un formulismo accidental, ya que la noche

hará su entrada a esa hora por las calles de Yumbel, y cómo que la noche, pero se tuvo que convencer de algo que jamás habría imaginado, porque una oscuridad sin límites cubrió gran parte del territorio provincial y lo que más intrigaba a César Enrique era la forma en que Mariano Cruces tuvo conocimiento de dicho fenómeno, que no ha sido difícil porque tu esposa me lo comunicó hace unos días, y él no pudo menos que quedarse con la boca abierta paralizado por la impresión y al introducirse una abeja picándole las encías articuló sonidos guturales

que Mariano Cruces interpretó como un exagerado asombro, y es verdad que Mercedes Alcántara me previno de que una gran penumbra atravesaría los campos y viñedos de Yumbel el miércoles pasado y yo deduje que sería la vivencia de mi primer eclipse, y al empinarse por las paredes de la iglesia tanteando los ladrillos para encontrar puntos de apoyo fue sorprendido por un gran foco de luz artificial proveniente del helicóptero de patrullaje forestal que aterrizaba en medio de la plaza luego que tratara infructuosamente de adelantarse a las sombras que avanzaban paralelas a la ciudad de Concepción, y lo enfocaron, asta en mano, clavando la gran bandera de un poderoso advenimiento terrestre que transformaría las concepciones conocidas constituyendo el paso más importante dado por el hombre desde la invención de la rueda, porque decía que era evidente el estancamiento de los raciocinios, y César Enrique, un tanto paralizado aún por la impresión y el desconcierto lo escrutaba como queriendo descubrir un signo de idiotez hereditaria y recordó los comentarios sobre su progenitor que se había casado semitrastornado con su levita almidonada y llevando una banderita de papel que agitaba a los ojos de los padres de la novia, y en un instante de duda, Mariano Cruces le explicó que lo más importante en la vida de un hombre era la confianza en el empuje de la fuerza, pero no decía de qué empuje ni fuerza se trataba y César Enrique lo miraba como si hubiera escuchado mal y él lo único que deseaba era poner

en su conocimiento que esa tarde tenía una velada en un colegio vespertino y aún no preparaba un acto definido, a pesar que había pasado toda la semana ensayando un personaje que no podía calificar con exactitud, pero cuya idea matriz delineaba a un atribulado esquizofrénico que saltaba al escenario como un viejo espadachín en posición de combate sacrificando su tortuosa vida a la prisionera bienamada que tendría un extraño parecido facial con Mercedes Alcántara y que recostada en un extremo del escenario estaría con una flor entre sus dedos y un pañuelo de seda naranja secándose las lágrimas, y fue efectivo que César Enrique realizara tal proeza lanzándose desde un banco colocado encima de otro banco para caer fracturado entre las piernas de un malhechor disfrazado de demonio que retrocedió asustado por una actitud que no estaba en el libreto, y César Enrique azorado al comienzo y con un dolor insoportable en uno de sus tobillos se levantó como pudo para introducirse entre los pliegues del vestido de su doncella ocasional pretendiendo hacer uso de sus atributos masculinos en instantes en que Mariano Cruces se situaba detrás del cortinado apretándose la cintura a más no poder por la risa contenida y el público no se movía de sus asientos como si esperara la consumación de un acto enervante y lo único que pudo representarse fue la salida intempestiva de la actriz dando alaridos hacia la platea y perdiéndose por pasillos y galerías con los vestidos arremangados más arriba de las rodillas, y de ahí la reclusión de César Enrique adquiriría visos de obligatoriedad, porque las puertas empezaron a cerrarse paulatinamente, aunque él se preguntaba si alguna vez estuvieron abiertas hurgando en su memoria por una correspondencia amistosa perdurable, y le sacaron los libros de la biblioteca dejándole las estanterías

vacías para poner en su lugar centenares de antiquísimos archivos municipales empolvados y César Enrique no sufrió el despido de su trabajo, sino que habrá un cambio en tus labores sólo por consideración al buen nombre de tu padre, le había dicho el gobernador el día que lo mandó a buscar con una escolta civil hasta su hogar, porque ese tipo de teatro era atentatorio a la idiosincrasia de nuestro pueblo, y en razón del clamor general, que pidió encarecidamente un severo castigo para el irreverente, César Enrique fue destituido temporalmente de su cargo de bibliotecario y transformado en archivador de papeles inútiles, pero que la comunidad siempre puede llegar a emplear, luego sus libros amados se evaporaron de uno en uno y él alcanzó a rescatar para su uso exclusivo un ejemplar de las antiguas caballerías imperiales y una edición de los procesos secretos de la inquisición nacional, los que leía con devoción enfermiza cada mañana, después de haber sacudido el polvo de los archivos con un plumero y haber recopilado por enésima vez las leyes municipales para las que existían diez kardexs especiales, y en cierta medida su rutina lo absorbió casi por completo y después de dos años de limpieza y lecturas aburridas la desazón hizo presa de su ánimo, lo relegó a una postura de compromiso conformista consigo mismo y se desenvolvía en un círculo vicioso sin ánimo suficiente para releer la bibliografía inserta al pie de las páginas archivadas y perdió el deseo de llegar temprano a su casa e insistir una vez más contra la gélida sensibilidad amorosa de Mercedes Alcántara, que le decía que mañana César, ahora estoy fatigada, y se quedaba de nuevo sin saborear el placer de su necesidad la que crecía en proporción a su carencia, y en ese estado repetitivo las interrogantes agujijoneaban su cerebro, y se iba hundiendo en un mundo que ahora era más

contradictorio e inseguro que nunca y terminó cerrando por dentro la puerta de su submundo, sin que siquiera asomara la nariz a la única ventana que se comunicaba a ras de suelo con la vereda, y allí su vida oscilaba entre las paredes, creyendo a veces que era su vida y en otras teniendo la dolorosa sensación de que era su cuerpo, su fría e impersonal materialidad que iba y venía por el aire dando muestras de un inagotable sentido incorpóreo, como si alguien le dijera, mire ahí, sobre su cabeza está usted retorciéndose indolente en el espacio como si se tratara de una réplica fotográfica y le era difícil descubrir su origen y a menudo era asaltado por fugaces visiones de tiempos, que si bien no eran remotos, lo retrotraían de continuo a experiencias que vislumbraba como chasquidos en su evolución, a veces representado por escenas infantiles donde asomaba sus ojos de niño mirando a otro niño que parecía no ser él, pero al cual tenía la plena certeza de asemejarse tanto que debía pertenecerle, o que a su vez él le perteneciera, y sin embargo, comprendía que no existía división posible, que es inútil tratar de desligarme de mi propia procedencia, de esas férreas e indisolubles figuras que, en un momento indefinido de su hermético encierro, han comenzado a flotar por la habitación contemplándome, y asustado elevaba la mirada buscando un punto inubicable en el techo, en las paredes, en la puerta trancada con premura dejando una mueca de burla invisible que como un lazo estrangulaba el espacio, y yo sentía la fiera decisión de manotear el aire, de borrarla y de borrar me para siempre y de huir de ese hálito inviolable que me acecha y acompaña sabiendo el destino de mi vida, y decidiendo sus próximos caminos que invariablemente retornaban al punto de partida, porque volvía al indiferente regazo de Mercedes Alcántara, y siempre que tomaba conciencia de un rechazo, que iba más

allá de las meras apariencias, se interrogaba por las razones que lo impulsaron a casarse con Mercedes ni tampoco entendía esas relaciones esporádicas que incluso principiaron la noche nupcial cuando ella le pidió que le trajera un florero con copihues artificiales regalado por la tía Ángela y que dejó instalado a la entrada del baño, y que deseaba oler el aroma del plástico antes de que tuvieran los primeros contactos, y él fue a la búsqueda de ese capricho entendible y regresó encontrándola dormida como si aquel hubiera sido un pretexto ridículo pero decisivo en el futuro de sus vidas, y en lo sucesivo las flores artificiales fueron trocadas por el baldecito de color calipso que colgaba de una enredadera en las galerías del patio, o bien por la escopeta de bronce que don César Román enmarcara en un estuche de violín auténtico y al que había sacado los laterales para que se divisaran sus cuerdas por los costados, entonces las semanas eran constantes esperanzas nocturnas, hasta que sucumbió a la necesidad que fue más grande e imperiosa que su fidelidad y pretendió obtener los inequívocos encantos de Lidia Carreño, ya cuarentona, y que se decía fuera amante de don César Román, y era obvio que ella le guiñaba un ojo y pestañaba de prisa al toparle en los pasillos del municipio o hacía sonar la bocina de su automóvil desde la orilla de la carretera en sus viajes de vuelta a Concepción, y él decidió esperarla en una de las curvas y antes que pudiera saludarla se hallaba sentado a su lado con rumbo desconocido, y no es importante a dónde vamos sino lo que haremos, decía sonriendo, para detener el vehículo en un potrero y dirigirse resuelta hasta unos sauzales y unas cuantas matas de zarzamoras, y César Enrique detrás, observando la cadencia madura de sus pasos y al querer tomarla de los hombros ella giró con brusquedad enseñándole sus senos desnudos, para

que los mires querido César y recuerdes estas formas a la hora de la siesta o en tus noches de insomnios permanentes, y le recordó que su padre la negó tres veces a la salida de la misa y que ella esperó un mes completo para una fuga que nunca conoció los lejanos países prometidos, y sus senos se agitaban conmovidos y César Enrique aspiró lentamente el rocío nocturno y miró en la profundidad del cielo la brillante caída de una estrella.

XIV

LA ACCION DE UN TIEMPO implacable horadaba las paredes de adobe de la casa de los Román Alcántara dejando al descubierto una especie de miseria humedecida en los inviernos y de aridez asfixiante en el verano con las tejas de los techos desparramándose sin orden alguno por el ámbito reducido de un patio que ya no poseía los jardines que cultivara Rosario San Martín y cuyos altos y frondosos pinos

se pudrían unos sobre otros, astillados en pleno desconcierto que clamaba por la mano bienhechora que devolviera a las cosas su antigua jerarquía natural, porque el mundo se desplomaba ávido de ruinosas apariencias, y los habitantes moraban por cuatro piezas descascaradas en medio de pollos siguiendo a las gallinas y cerdos que se revolcaban en restos de ropas apiladas en los rincones, y desde una cocina en que goteaba la tristeza llegaba un aroma de papas cocidas como el único alimento posible de digerir para que cada cual asumiera el papel callado de su desolación interna, así César Enrique pasaba las horas sentado en endeble cajas de basura repasando noticias gastadas de diarios amarillentos que iba trayendo sin pausas del archivo municipal, y Mercedes insistía en remover la tierra erosionada obedeciendo un impulso desconocido y misterioso, y por el polvo reseco gateaba Juliana Román, que nació sin que nadie se lo propusiera producto de una forzosa relación impuesta por César Enrique, que cada noche regresaba embriagado como si quisiera ocultar su falta de entereza y esa caída vertical a que se entregaba sin voluntad, porque decía que no supo en qué momento comencé a sentir una creciente atracción amorosa hacia mi esposa, y es verdad, repetía después del décimo vaso de vino, sabiendo que yo la elegí como castigo, pero no se refería a qué clase de castigo, y casi sin darme cuenta de mis intenciones deseé algo más que un plato de comida por las tardes, y no era derivación de su reconcentrado rechazo conyugal ni por esas miradas extrañas y decisivas en su accionar, aunque abrigaba una leve sospecha que no se atrevía a decir en público, y los habitues de los bares de Concepción y Yumbel lo miraban con lástima, e incisiva ironía se desplazaba detrás de las palabras que le sugerían que a lo mejor su esposa tenía ocultos

pretendientes y que al fin de cuentas él no se veía en las mejores condiciones como para que una mujer se dignara posar sus miradas en una mezcla de fante y de payaso inconcluso, no obstante ingería el alcohol desde antes que se produjera el quiebre definitivo, y recordaba que había derrochado enormes cantidades de dinero caído del cielo y que se encargó de poner al recaudo de la tía Rebeca, la vieja regenta del prostíbulo más seleccionado y caro de la ciudad de Concepción, y a su entrada de novicio se encontró con luces mortecinas dañándole los ojos, y una música estridente lo vio deslizarse sin mucha elegancia por la pista de baile llenándose del pachulí sofocante de una morena teñida que movía las caderas con graciosa picardía y le enseñaba sus dientes de guerrera insaciable, cuyas condiciones quedaron ampliamente demostradas en más de una oportunidad, porque la primera visita se transformó en el inicio de un fogoso romance basado en algo que César Enrique conceptualizaba como el deseo de la purificación de Rosario Santelices, que le decía al oído que lo amaba y que si no fuera demasiado tarde habría tomado su bata de dormir y sus tubos para el pelo y lo hubiera seguido al fin de la tierra, y César Enrique reía por las noches y amanecía fatigado sin cerrar los párpados siendo normal que a las dos de la mañana la vieja casona rosada cerrara sus puertas a todo visitante que a partir de la llegada del nuevo poderoso adquiriría caracteres de indeseable, y César Enrique era el centro de la atención general y las mujeres se desnudaban en su presencia arrojándole con delicados movimientos y gestos de la mayor sensualidad sus portaligas y las medias, y él aplaudía satisfecho de sí mismo y palmoteando a Mariano Cruces, porque es mi amigo y yo cancelo hasta sus gustos más íntimos, y al brindar por la alegría de los hombres César

Enrique solía verse la mano diferente como si una piel también distinta cubriera sus dedos que arrojaban piedras a los árboles, y veía caer pájaros de tamaños desiguales con sus alas quebradas o saltando en una pata, y veía correr a sus primos por entre los arbustos y detenerse al costado de unas rocas para que salieran disparados media docena de conejos a los que perseguían toda una mañana en iluso intento de atraparlos, y vio cómo preparaban trampas inocentes bajo los puentes numerados del río Andalién y tardaban horas en enterrar palos puntiagudos al fondo de hoyos diminutos en los que nadie era atrapado, y se asomó a través del cristal de su copa llena hasta los bordes, la vieja Antonieta que vivía en la tercera curva del camino a Chillán y le decía que tuvieran a bien llevarle los jilgueros de cabeza negra, porque son los machos los que mejor trinan encerrados en sus jaulas y ellos le traían todas las semanas un par de avecillas con el cuello pintado con tinta china, que la mujer cancelaba al contado y que les servía para los cigarrillos, y fumaban sin cesar al lado de la carretera, y fue una tarde que César Enrique se quedó escondido detrás de la puerta con tal de ver qué hacía la anciana con tanto pájaro enjaulado, y la siguió en puntillas al interior, asombrado de la forma en que hablaba a los jilgueros como si arrullara entre sus brazos a un hijo no tenido, y veía que les soplaban las pelusas adheridas a sus cuerpos y les pasaba un cepillo de dientes por el plumaje y él pensaba obsesionado, ya, ahora los echa en la olla y se los come, pero ella los besaba con ternura y los soltaba para que volaran a las nubes, y César Enrique corrió incrédulo a contarle a su primo Mariano que la vieja era loca, pero no de la cabeza, sino del corazón, y Mariano reía burlándose de tamaña mentira, porque ya era demasiado crecido para que le metieran el dedo en la boca con fantasías

de ese tipo, pero César Enrique no concurrió más a ver el resultado de sus trampas ni acompañó a sus amigos del pueblo a derribar pájaros de los árboles del cerro De La Victoria y se fue apartando de los demás, sólo con la cercanía permanente de Mercedita transformada en su incondicional compañera, y ahora vaciaba la copa y retomaba el paso de baile acariciando a Rosaura, la morena de los dientes brillantes de oro y avideces, que le besaba los labios enrojecidos hasta que los propios le dolían, y llegaba el domingo o los días festivos al mediodía a la casa de la tía Rebeca y ordenaba que se cerraran con postigos las ventanas, porque he traído una vaquilla del fundo, y las mujeres asomaban sus cuellos con timidez hacia la calle cubriéndose del sol con las manos en las cejas y volvían a abrazarlo al tiempo que doraban la carne en el patio trasero y un olor a satisfacción recorría las calles emergiendo de la pecaminosa estela de las prostitutas, y luego de dos años y medio de trasnochadas César Enrique se encontró con que una mañana las monedas no tintineaban en sus bolsillos y no podía creer que le preguntaran su nombre y apellido en la entrada de la casa y no lo dejaron ingresar por más que insistiera ser el del desprendimiento y la felicidad comprada o regalada y que había hecho danzar a las más desgraciadas con una esperanza en los ojos amoratados, pero no hay bien que dure demasiado, le contestaban por la rejilla de la puerta, y cuando pedía perdón a Mercedes por años de una inconciencia que lo sedujo y lo llevó de la mano ella tomaba su conocida actitud de indiferencia y continuaba lavando los platos o barriendo las baldosas como si de ello dependiera su vida misma, y la de Juliana, su hija impensada, la que se encargaría de poner las cosas en su lugar el día que fuera capaz de valerse por sus propios medios, porque nadie hará

que cambie de parecer en relación a su futuro, y ella ha de aborrecer, si ya no lo está haciendo, la pobreza de tu nombre, y para él era extraño ese proceder que no tenía razón originaria, pero alguien le susurró al oído que Mercedes Alcántara tenía secretos que no podía imaginar y que de conocerlos desbordarían la anchura del pensamiento, y que todos aquellos desaires eran con mucho, pretextos de segunda mano para sepultar sus reales propósitos, y si no lo cree vea qué hace a las dos de la madrugada, la hora en que César Enrique dormía entre los cachureos del cuarto del fondo del pasillo por otra de aquellas decisiones que inexplicablemente lo relegaron a una soledad individual, y quedó al acecho de las sombras lleno de incertidumbres y al cabo de minutos de silenciosa espera Mercedes descorría cuidadosa los pestillos de la puerta y salía en zapatillas de casa al encuentro de la noche, y bajó las alturas del cerro como si el tiempo pretendiera escaparse de sus piernas y corrió por espacio de una hora sin que notara que el barro salpicaba sus tobillos, y él, con la fatiga atosigándole la respiración no entendía en lo absoluto, pero algo le decía que era un trayecto aparecido en sueños o que vivió en extrañas circunstancias, y no era la loca carrera de los cortos años acicateado por visiones repentinas ni era el descalabro de las ilusiones que la infancia botara por un desfiladero, había en su carrera un hilo invisible que lo llevaba del cuello, una atracción insoslayable que iba punzando su cerebro y algo semejante a un escalofrío le subía por la espalda, y se dijo, es el miedo a lo desconocido, el antiquísimo temor de lo misterioso, y cuando Mercedes penetró por una portezuela en las afueras de Yumbel, César Enrique se quedó largo rato al amparo de unos troncos amontonados sintiendo que el pecho era pequeño para contener sus latidos, y venciendo a

medias su intranquilidad se acercó a una insignificante ventana débilmente iluminada y sus casi desorbitados ojos la vieron arriba de una mesa mientras Lidia Carreño balanceaba su cabeza sentada en una silla como si estuviera en una especie de trance mediumnico, y la vio mover los labios como si murmurara entre dientes un mensaje recibido, al tiempo que veía desfilar por la habitación a Graciela Alcántara, la madre de su esposa, con un vientre hinchado que traslucía las formas de un feto en pleno desarrollo y César Enrique se refregaba los párpados al borde mismo del desmayo y al querer incorporarse para otear el interior despertó en su cuarto, afiebrado, con un paño mojado encima de la frente y llamó a Mercedes para que le explicara el aberrante mundo descubierto y ella apareció en el umbral con una maternal sonrisa, y que él pensó no sabía que existiera, diciéndole que de nuevo has tenido pesadillas César Enrique, y que no es bueno que sigas bebiendo, porque un día de estos no encontraras el camino de regreso, y a César se le antojó que sus palabras ocultaban un velado signo de amenaza, que llegó a sus oídos con un sonsonete que tampoco le parecía conocido y que terminó por adormecerlo para que despertara con un propósito de olvido y de conformidad inquietante.

XV

CUANDO MUCHOS PENSARON que César Enrique había desaparecido para no volver su voz remeció los cuatro costados de la plaza del pueblo a través de un micrófono instalado en un proscenio y clamaba por una reunión urgente

de todos los padres de Yumbel, porque he traído la solución de los conflictos futuros, repetía con acento enronquecido durante toda la mañana, y en las escalinatas de acceso a la pileta del centro de la plaza se veían una veintena de cajones, que son tu obsesión, le gritó Anselmo hijo y ahora padre, encaramado en una pandereta, pero César Enrique ignoró ese alcance que muchos, inmersos en la multitud, compartían, pero nadie lo secundó, porque un raro sentido de persuasión emanaba de las tonalidades de su voz, y asomaron sus cabezas las eterna beatas enlutadas que como siempre se persignaban antes de asumir cualquier decisión, y de nuevo creció como un reguero el deseo de reunión, que no importaba el motivo, y acudían en tropel como si recordaran que Rosario San Martín no había fallecido y su hijo declamara su resurrección en el mismo viejo entarimado que la recibió hacía tantos años, y se oía como los ancianos explicaban a los inmaduros las alternativas de un pasado que se creyó muerto, y que no obstante vigilaba el instante de su renacimiento, y los niños miraban embobados los globos colgando de las ramas más altas y como papeles de colores y largas serpentinas adornaban los jardines de una plaza que por primera vez lucía hermosa para ellos, es que ha vuelto el hombre de la palpitación común, gritaban algunos entusiastas que agradecían a las alturas el reencuentro de sus anhelos ambiguos, y al ver la plaza desbordando sus contornos César Enrique dijo que había vencido su timidez congénita y que se le reveló la importancia de su presencia en un sitio como Yumbel y que la prueba fehaciente de su relevancia se hallaba en los cajones de madera, que son más pequeños que los usados en mi infancia cuando con Mercedes Alcántara descubríamos la importancia de la soledad compartida, y desde que el hombre es hombre se ha

desvivido por encontrar una salida a sus estados de angustiosa soledad olvidando que su razón de vivir se desarticulaba antes que pudiera definirla, y los niños que fuimos se negaban a morir dentro de cada uno, y a esas alturas se produjo un silencioso bamboleo de nerviosismo común, y alguien afirmó que nadie le entendía y qué significaban esos cajones que son similares a los usados por Pancho Valverde, que en paz descanse, porque la noche se avecina y aún no se les explicaba el sentido de su llamado, que tiene la simplicidad de la inocencia, decía César Enrique a voz en cuello, y cada infante no debe olvidar el origen de su procedencia y la enseñanza de los adultos debe encaminarse a habituar a sus hijos al encierro en compañía, por un tiempo previamente establecido y a la larga esa especie de cavidad uterina que descubrí con Mercedes es la misma para todos, y los cajones representan la cadena inviolable que ninguno debe olvidar siendo la razón misma de su propia libertad, aquella que no pierde su ingenuidad y que derriba los mitos y entiende los desvaríos aunque no pueda explicarlos, y fue entonces que todo el mundo comenzó a corear un aleluya como una murmuración que se vio interrumpida en sus propios inicios por la voz implacable de Juliana Román, y las miradas convergieron hacia sus catorce años empinados en la punta de sus zapatos, para oírla decir que nadie podía recetar fórmulas de vida y que ella nunca tuvo acompañantes, por lo que era una constante que no servía de regla ni aún a pretexto de ser ella la excepción, y la muchedumbre emitió una sola exclamación de desconcierto, porque la hija desautorizaba el vaticinio del padre que insistía con su mensaje de augurios premonitorios, en una plaza que se iba desalojando y donde el eco de su voz se diluía entre los árboles.

XVI

AL CABO DE UNOS MESES César Enrique apareció seguido de tres saltimbanquis que ejecutaban cabriolas por el piso y un par de hombres tragafuegos que soplaban una densa llamarada que concitaba la temerosa curiosidad de los primeros transeúntes, y obtuvo un permiso especial para efectuar una función de propaganda en el gimnasio cubierto de la única escuela del pueblo y a las once de la mañana de un sábado otoñal anunciaba en el escenario el desfile de figuras encantadoras que asombrarían a la concurrencia con su ductilidad y profesionalismo, y aquellos que realizarán sus presentaciones han dedicado una vida entera al conocimiento de su arte, y no cualquiera es un tragafuegos consumado ni el común mortal coloca su cuerpo dentro de un tambor gasolinero, y se anunció a Laura, la contorsionista, que semidesnuda, con un corpiño por ropaje y unos velos transparentes tapándole la cara se situó sobre una banqueta de madera en la que había un tambor en un extremo, y se estiraba como una lánguida serpiente y los niños exclamaban entusiasmados al verla asomar su castaña cabeza entremedio de las piernas mirando la inversión del mundo, sonriendo con sus escasos dientes amarillos mientras estiraba su brazo derecho haciéndolo aparecer por el costado izquierdo de su cuerpo desnutrido, porque Laura, la contorsionista, no tenía en su pellejo más de treinta kilos y en los ojos caminaban una treintena de años con la prisa de

los perseguidos, y la prueba consistía en meter la nuca en el tambor manteniéndose de pie con las rodillas erectas y las manos en la cintura, pero alguien calculó mal el sitio de ubicación del tambor y el punto de equilibrio y la contorsionista fue atraída por la fuerza gravitacional dando con su corteza cerebral violentamente contra el borde del tambor que rodó por el parquet del gimnasio logrando que los asistentes exclamaran asustados ante la gravedad de la caída, pero César Enrique, micrófono en mano pedía silencio y cooperación, que todo estaba bien, y sacaron a Laura, la contorsionista, envuelta en una lona pardusca y se la llevaron rumbo a la posta de primeros auxilios con la frente partida manando sangre profusamente, y los accidentes suelen suceder con más frecuencia de lo que uno piensa, pero todo tiene solución y ella volverá luego de la curación pertinente, así que la función prosiguió con los tragafuegos, los eximios conservadores de un milenario arte oriental que llegaban de una gira por ciudades mexicanas, y aparecieron un par de hombres morenos con un oscuro bigotillo delgado afeándoles el rostro, sonriendo gentilmente y ejecutando grotescos pasos de danzas indígenas y saltaban repetidamente encima de la banca de madera con una especie de fierro en las manos, circular en su extremo, envueltos en una aparente mezcla de algodón y paño sangriento que introdujeron en el mismo tambor empleado por la contorsionista impregnándolos de bencina, y César Enrique acercó un fósforo para que gruesas llamas crepitaran en el pesado silencio del recinto, y uno de ellos, el de mayor contextura, extrajo de uno de sus bolsillos traseros una botella pequeña para ingerir su contenido, el que posteriormente arrojó sobre el fierro ya encendido surgiendo grandes llamas azules y violáceas que provocaron el aplauso

espontáneo, y cuando se anunció la culminación del espectáculo con la prueba de fuego, frase que César Enrique recalcó festivamente, y que consistía en soplar simultáneamente ambos fierros encendidos y en sentido contrario, los hermanos pusieron su mayor concentración en el acto e ingiriendo una doble cantidad exhalaban al unísono el contenido y la llamarada resonó como una pequeña explosión que les carbonizó el rostro y el pañuelo naranja amarrado al cuello, y con el pelo ardiendo corrieron desesperados en busca de los baños, y el griterío era ensordecedor, los niños lloraban y reían alternadamente y la multitud iba de un lugar a otro entrechocándose y pisoteando a los más ancianos que se arrastraban hacia la salida del gimnasio, porque una llamarada alcanzó el telón del escenario que comenzó a arder con celeridad inusitada llegando de pronto a las vigas del techo y antes que César Enrique pudiera mantener el control los hombres y mujeres se golpeaban y arañaban amontonados en la única puerta de salida, y el gimnasio crujía entero como si se fuera a expandir por el humo contenido, pero se expandió por la fuerza de los cuerpos presionando la salida, y cayó toda la pared frontal aplastando al viejo manicero situado en las afueras y que no supo como murió, porque él repasaba el dinero obtenido en la función y voceaba animoso sus productos cuando un tablón encendido le golpeó el cuello y otro la cabeza y la pared lo sepultó para que diez días después lo encontraran bajo los escombros, y César Enrique pateaba el suelo de impotencia, pero los dos saltimbanquis que se quedaron en el interior le dijeron que no estaba todo perdido y abriendo las maletas que cargaban en sus hombros sacaron unos muñecos de goma que crecían como por encanto, y si bien el gimnasio ardía por los cuatro costados y

se escuchaban las lamentaciones del director del establecimiento la muchedumbre volvió a reagruparse alrededor de aquellos hombres y en un espectáculo semidantesco se veía como movían sus dedos barajando una centena de naipes que volaban por los aires para caer mansamente de nuevo hacia las manos, y decían que cobraban una miseria por descubrir los secretos de la gente, y que hicieran ofertas tipo mejor postor para que supieran qué se avecinaba en cada futuro individual, y los muñecos se balanceaban arrumbados en la pared que aún no se desmoronaba como si quisieran sonreír en la última de sus visiones estáticas antes que un ruido de resquebrajamiento se empezara a extender en los oídos de todos y fue recién que recordaron que el fuego podría alcanzarlos y que todavía gemían algunos espectadores aprisionados entre las tablas y butacas ocasionales, y César Enrique recibía los apresurados pagos por el escudriñamiento de las líneas de la mano que los saltimbanquis alcanzaron a realizar, y una anciana no podía creer que una gran luz se abalanzaba sobre su hogar, y si era una luz debía ser bueno, porque era el símbolo del Señor, decía sonriendo, pero la línea de la muerte se profundiza en exceso, y hay aquí un corte repentino que señala un deceso imprevisto, en los momentos que le caía una viga abriéndole el cerebro, y ella comprendió a qué se refería al ver como en un cinematógrafo una veloz secuencia de su historia personal, desde que estaba en pañales rebasando su inocencia hasta el instante mismo del golpe decisivo, y algo dijo entre murmullos como si estuviera alcanzando el estado inicial de la muerte y que dio vueltas en la mente de César Enrique, algo así como que no valía la pena vivir en exceso y que la edad de los hombres se medía por el trecho recorrido, porque ella estuvo inmóvil y girando

en el mismo sitio, con mucha edad en el cuerpo y poco terreno bajo los zapatos, y se desplomó pausadamente, como había existido, y nadie notó su deceso como si se hubiera tratado del paso de un estado a otro similar, y cayó el cielo raso envuelto en una gran llamarada azulosa que se vio a varios kilómetros del pueblo, y para muchos se trataba de una vieja señal precursora e indesmentible, del reinicio de una época de oscurantismo general donde la validez de los equívoco jugaba continuas malas pasadas, y una cierta forma de embrujo solapado deslizaba su mano tenebrosa para que los hombres hicieran lo que no deseaban y desearan lo que no querían, y César Enrique presintió que Yumbel se le presentaba nuevamente como un carrusel anclado y visto desde el borde de un abismo, y que dentro revoloteaban los niños de un pueblo acongojado aferrando a su rotación intensa e interminable y que en cada vuelta miles de fantasmagorías flotaban amenazadoras mostrando el discurrir de un tiempo simultáneo, como aquella revelación de la anciana que le hizo entender por qué moría al lado de un gimnasio destruido.

PARA MERCEDES ALCANTARA era normal limitarse a un gesto de indiferencia al saber que su esposo realizaba tal o cual actividad, así que aquella farándula de tipo circense no la impresionó mayormente, y decía que allá él con su manía de cósmico bufón, porque hasta Juliana, la hija del azar, no sentía siquiera una mínima emoción por los hechos de su padre y de tanto en tanto se encargaba de hacer su entrada majestuosa en las realizaciones incompletas de César Enrique, y cuando el gentío se desconcertó por su argumentación repetitiva el día que pretendió la unificación de los espíritus, como llamó a su exposición de analogías uterinas, ella, Juliana Román, viendo que se había roto por sus palabras el expectante encantamiento de la multitud extrajo de una cartera una flauta traversa que le obsequiara Ángela Cruces, y entonó una ininterrumpida serie de notas desarmónicas primero que después conformaron una melódica sonata veraniega y a medida que subía la entonación un rumor inexpresable cogía por sorpresa a los corazones que iniciaron una forma de latido acelerado, como si una inmensa taquicardia remeciera una emoción indescriptible y cual mágica flautista medieval, Juliana Román se encaminó a la cumbre del cerro De La Victoria seguida por decenas de hombres y mujeres que tarareaban al compás de su evasión, y arriba la música creció como algo independiente y las notas de la flauta se desgranaban por los valles de toda la provincia envalentonando a los cobardes y atemorizando a los más déspotas, logrando que los pájaros cantaran con una sola voz gigantesca y ese trino rompió los cristales del pueblo, y luego, por los periódicos de Concepción se titulaba en primera plana los estragos de una misteriosa onda expansiva que trituró los ventanales de los edificios e inmovilizó a los oficinistas por espacio de una

hora y que los relojes de todo el país se detuvieron a la misma hora como si el tiempo pegara un salto en el mismo lugar, y cayeron una infinidad de campanas de las catedrales repicando en los empedrados con extraños acordes musicales que a esa hora cubrieron el cielo de la región y los obispos llamaban a los feligreses para una romería al camposanto portando cirios y cruces de plata, porque si una fuerza satánica ha decidido trastornar el desarrollo de lo cotidiano tenían que destruirla antes que fuera aquella una indestructible normalidad, pero Juliana Román no se había propuesto desacreditar el imperio de los ángeles ni destituir la fé de nadie, porque la inconciencia aún manejaba gran parte de sus actos y a menudo se veía impelida a ejecutar acciones que no deseaba, pero que ejercían su propia fuerza impulsora, porque luego de cuarenta días pasados en la cumbre con una melodía escuchada hasta la saciedad y ayunos cuya prolongación no resistieron ni los de mayor fortaleza, se produjo el descenso de una caravana cabizbaja y disminuida a la mitad y que no supo por qué se embrujó con aquella musiquilla que retumbó en sus cerebros por varias navidades, y cuando César Enrique descubrió la abierta oposición de su única hija dedujo que la mano artera de Mercedes Alcántara realizaba un trabajo de joyería en su espíritu inmaduro y pensó que la alternativa rondaba cosquilleándole el cerebro, y recordó que durante los últimos años de su vida una sucesión ininterrumpida de extraños hechos lo habían acosado y era verdad que no acertaba a catalogarlos, como el desmoronamiento de diez mil ladrillos estucados que los albañiles levantaban en los faldeos de un cerro y para cuya construcción recolectara los materiales por más de cinco años y solicitara los aportes de casa en casa y de institución en institución, y claro que al principio se

mofaron en su cara, porque a quien se le ocurría una edificación para albergar a los enanos del país, si aquello era un problema biológico y no benéfico, pero él aducía que la pequeña humanidad no tenía cabida entre los seres normales, con lo que no quiero decir que sean retrasados, pero es necesario que convivan entre ellos como única forma de enfrentar con entereza un medio social que les era adverso desde niños, y él insistía en que conoció lo dramático del enanismo en su mayor crudeza, porque una docena de hombres diminutos lo siguieron el día que pasó con su farándula por las puertas de un circo pobre y se adhirieron con un empeño inusual a todos los trabajos imaginados, y cuando la idea del proyecto cobró forma y fue aprobado por la comisión municipal de Yumbel los enanos organizaron un desfile de agradecimiento al más grande benefactor de la pequeñez humana, y César Enrique los acompañó como el profesor a sus alumnos por las calles de un pueblo estupefacto que reía a hurtadillas detrás de las cortinas, y el mismo día que se estucaba el último ladrillo de la primera pared lateral, y el coro de la escuela básica cantaba rondas infantiles, ella, Juliana Román, puso su inocente dedo índice en la base de la construcción que se desplomó sin un solo ruido, y los enanos lloraron como si el mundo se les viniera abajo, y César Enrique trataba de infundir un ánimo que no poseía, porque empezaremos mañana nuevamente y al cabo de tres meses Juliana tocaba otra vez los ladrillos como historia de nunca acabar, hasta que los pequeños hombres terminaron dispersándose cada uno por su lado sin que se supieran sus destinos inmediatos, pero de vez en cuando llegaban noticias por acusaciones de sus robos reiterados, y más de uno fue procesado por premeditado homicidio, y sus retratos se difundían con malsano sensacionalismo para que

César Enrique sufriera en carne propia su culpabilidad, y nosotros te advertimos que era una empresa de locura, le decía el infaltable Mariano Cruces, para que se transformara aquel proyecto inacabado en otra forma de penitente castigo que él sabía inmerecido.

XVIII

NADIE SUPO DE DONDE había sacado ese inmenso globo aerostático que empezaba a llenar de aire al costado sur de Yumbel, y como se indicara urgente por todo el pueblo la dirección precisa del lanzamiento mediante flechas recortadas en cartón, quienes vieron las señales en postes de alumbrado y en las paredes se fueron acercando entre murmuraciones, y la aglomeración fue evidente al cabo de un rato, pero respetaban una cierta distancia entre ellos y el globo que crecía como si no terminara nunca de expandirse, y se preguntaban si aquello tendría conexión con la denuncia que César Enrique planteara ante el único juzgado del pueblo por extraños hechos de brujería que, según él, padeciera una noche de tormenta, y es verdad su señoría que yo me hallaba durmiendo y no he sido presa de embriaguez ni nada que se le parezca, y fui despertado por una corriente helada que avanzaba por mi cuerpo, y eran unas formas blanquecinas

que reptaban por la piel, y yo creí que Mercedes Alcántara, mi mujer, deseaba hacer el amor después de tan prolongada abstinencia, pero se trataba de docenas de albos gusanillos, como los que cobran vida en las carnes putrefactas, y despedían un olor pestilente que ni aún después de baños reiterados he podido abolir de mis narices, y procedió a su exterminio con agua caliente y manzanilla logrando que se retorciera y se esfumara como habían llegado, sin que nadie pudiera atestiguar su existencia, y sospecho que Lidia Carreño quiere destruirme por razones que no puedo revelar sin correr el riesgo de mancillar el honor de mi padre, y como sintiera cientos de agudos pinchazos en la espalda, y el cuello se le virara casi por completo, dedujo que el mal tenía que ser extirpado de raíz, así que aparte de la denuncia al juzgado consultó a una vieja curandera de males y extravíos, y ella le dijo que se trataba de la muerte rondando por su casa, o en el mejor de los casos, de una señal premonitoria que no auguraba un buen futuro, y le remarcó que sus ojos enrojecidos despedían una velada sombra de indecibles tormentos, y que alguien llegaría a su hogar portando un castigo definitivo, porque él debía ser víctima de designios que, lamentablemente, no estaban muy claros, y que muy a su pesar tomara aquello como el anuncio de males mayores guardando las precauciones debidas, y por ahora lo denominaremos un hechizo fortuito, ya que no había otro apelativo, que ha de acechar por tu vida, y que la única manera de contrarrestarlo será saliendo de esa enrarecida atmósfera crepuscular por un lapso no muy prolongado, así que consiguió un globo aerostático y lo llenó de colores livianos, le dibujó cruces entrelazadas con serpientes y lo repletó de indescifrable simbología que los atónitos habitantes contemplaban con la boca abierta, porque no se

sabía que César Enrique tuviera afición por las alturas e incluso alguien comentó que sufría de temor a los vacíos y que la vez que tuvo que izar el pabellón nacional al borde de un barranco debieron sujetarlo de los pies al verlo oscilar peligrosamente y a punto de perder el equilibrio, y ahora aparecía con esa sonrisa que reflejaba la confianza por la aventura diciéndole a Mariano Cruces que un espíritu maligno se empeñaba en derrotarlo, y antes de que cortaran las amarras que sujetaban el globo al parachoques de un automóvil, César Enrique recordó su nefasta aparición arriba de un níveo elefante facilitado por el circo del que emigraran los enanos, y arrasó con la feria libre volcando carretones y achicharrando las frutas, y dejó malheridos a un grupo de estudiantes que elevaban volantines, y el paquidermo aplastó una hilera de magnolias plantadas a la orilla de la calle y sin aviso previo se tragó todos los globos de un vendedor parado en una esquina y antes que dijera, ésta boca es mía, alguien exageró diciendo que el elefante se elevaba por los aires como si fuera de juguete, hasta que lo derribaron a punta de balazos los soldados del regimiento colindante con el pueblo, y el inmenso animal se desinfló zigzagueando por la vereda para dar con su peso natural en el patio de la cárcel Buen Pastor, y se supo que lo convirtieron en charqui y que durante varios días largas tiras de carne se secaban al sol para que los presidiarios tuvieran el mayor festín recordado en mucho tiempo, y los colmillos de marfil fueron vendidos en secreto por el alcaide de la prisión sin que nadie se preocupara en demasía, y la enorme cabeza embalsamada ocupó un tercio de la pared de su oficina para que se ufanara de un safari que sólo inventaba su cerebro, diciendo que estuvo a un centímetro de la muerte antes al alcanzar a disparar, y ahora César Enrique que se elevaba por los aires

desplazando de uno en uno los saquitos que alivianaron el peso del aerostático, pensó que no había fijado un trayecto conocido y que sus largas sesiones nocturnas trazando mapas de regreso los olvidó en su arrugado impermeable que por vez primera dejara de usar, ya que esta era una empresa que requería libertad de movimientos y se había puesto sólo un chaleco de lana y un buzo deportivo como pantalón, y el globo subía a velocidades vertiginosas y César Enrique vio pasar por un costado la blancura de una garza que lo miró sorprendido girando el cuello repetidamente, y las nubes quedaban atrás y abajo, o envolvían su alrededor como una realidad algodónada, y no se atrevía a mirar la lejanía terrestre porque sufriría las consecuencias de un mareo que vino inevitable cuando divisó pequeños puntos perdiéndose en la distancia vertical, y supuso que se trataba de las gentes con sus pañuelos en alto diciéndole adiós a su hazaña aeronáutica como continuación de las epopeyas familiares que destacaban a los Román como los máximos cultores de la intrepidez provinciana, y el mundo se le dio vueltas como una veleta incontenible mostrándole, ora el cerro De La Victoria como la punta de un lápiz de grafito, ora el río Andalién como un delgado ovillo desarmado, y se aferró a las cuerdas laterales despidiéndose de la tierra prometida, porque las nubes ocultaron la firmeza del suelo y sólo vio blancura dentro de su cabeza, y oyó un graznido de gaviotas blanquinegras que no supo cómo podían llegar desde tan lejos para acompañar su ascenso voluntario y se adelantaban como los delfines a las embarcaciones y se entrecruzaban delante y arriba de la superficie ovalada, y César Enrique dedujo que aquello sería suficiente para derrotar cualquier maligno sortilegio, y antes que decidiera su retorno una gaviota picoteaba el lado izquierdo del globo aerostático con

porfiada obstinación hasta que un silbido prolongado le dio a entender la pérdida de altitud y el globo se devolvía locamente ante una tierra que agrandaba su presencia, y César Enrique se dijo que era el adiós de su penurias naturales cuando avizoraba su material humanidad desparramándose por un terreno endurecido, pero el globo giró sobre sí mismo y a una decena de metros del suelo detuvo silencioso su caída para estacionarse suavemente en el punto de partida, y los hombres y mujeres que aún oteaban las alturas nunca imaginaron un descenso tan repentino, y César Enrique saltó con elegancia saludando a los presentes, diciéndoles que el mundo era bello visto desde arriba y que cual más cual menos debían agradecer pisar terreno firme, porque nadie estaba exento de sufrir la persecución de espíritus malignos, y que aquél no fue, en modo alguno, un viaje placentero y que toda su inquietud la encauzaba a congraciarse con los vivos a ras de suelo, y se lo llevaron en andas, como a su madre, hacia las puertas de la municipalidad y el alcalde se excusó por haberlo despedido de su cargo de bibliotecario municipal y que las razones aludidas, a saber, falta de requisitos exigidos para el puesto, pelo excesivamente largo, desaplicada indumentaria y embriaguez alcohólica permanente quedaban reducidas al recuerdo por oficio que redactaría a la brevedad Lidia Carreño, y que nadie, en lo sucesivo, tendría derecho para deducir que César Román se había convertido en el hazmerreír ciudadano debido a sus largas caminatas por el centro de la carretera panamericana hacia Concepción, y que no figurarían en los recuentos del año las denuncias en su contra propiciadas por los automovilistas en el retén de Chaimávida por estar a punto de atropellarlo, y que aquellos papeles infamantes serían quemados por ser parte de la

antihistoria, y que ningún aspecto positivo podían presentar, y que dejara en el desván de los recuerdos sin sentido el día en que el gobernador ordenó lo metieran al único calabozo de Yumbel por sus obras teatrales obscenas y consideradas un atentado a la moral, porque un error lo cometía cualquiera, inclusive el más santo y ecuánime de los mortales está propenso a las imperfecciones, y le reiteró que aquella hazaña aeronáutica debió contar con la adecuada publicidad, y que si bien su modestia impidió un despliegue acorde con el resultado de la empresa, no era menos cierto que pudo tener el realce de los grandes eventos, como en realidad lo merecía aquel vuelo de maravillas, y que le habría conseguido un globo de mayores dimensiones, pero que en todo caso, afirmaba, estaba cierto que sería apenas el inicio de otras pruebas de mayor envergadura, y le pidió que posara para la fotografía de archivo sentado en el borde del canastillo del globo desinflado y que hiciera con los dedos el signo de la victoria como correspondía a los triunfadores, y la bandita de la escuela básica hizo sonar sus tambores mientras el alcalde prendía de su pecho una moneda de oro que grabaría la próxima semana por la premura de la proeza realizada, ya que es la primera vez que un ser humano rebasa la blancura de las nubes en estas pérdidas latitudes, y solicitó un aplauso innecesario para el héroe de la humildad, y su récord quedaba, desde ya, inserto en las más gloriosas páginas de la historia de Yumbel, y cómo no pregonó su ascenso milagroso, y esa actitud constituía una pequeña muestra de egoísmo que la autoridad pasaba por alto, pero que debería considerar en futuros intentos, y César Enrique no cabía en sí de la sorpresa, y él no imaginó ni remotamente que ocurriría aquél desbarajuste, y al contestar por los motivos que lo impulsaron a subir al cielo, contestó algo que

en principio ni el propio juez había creído, siendo la fórmula eficaz de conjurar cualquier maldición que brotó debajo de mi cama, y será la manera definitiva de que el hechizo desaparezca, porque me he puesto demacrado sin saberlo, y he sentido gusanillos pestilentes rodar con premura por mi piel, y ésta es la solución propuesta por una anciana que visité en la penumbra de su casa en ruinas, y ahora si podré dormir en paz si el espíritu maligno huyó por la ventana, y el alcalde lo miró estupefacto, porque no puede ser que usted crea en supercherías del siglo pasado, y si es así no ha existido tal proeza, y que olvide lo que había dicho que olvidara, le dijo retirándole la moneda de oro colgando de su cuello, y está visto que todo se ha debido a una lamentable equivocación, y que los espectadores retornaran a sus habitaciones por donde vinieron, para que César Enrique quedara solitario al lado del enorme globo desinflado, y recordó que debía llevar piedrecillas del lugar de la llegada y depositarlas debajo de las sábanas, y que aún quedaba por quemar una cebolla en un rincón del cuarto, y sólo recién podría considerarse a salvo del hechizo, y cuando buscó la cama y quiso situar las piedrecillas no la encontró en toda la casa, y Mercedes Alcántara lo miró por el rabillo del ojo diciéndole que la había sustituido por un saco de dormir, para que duermas en paz con tu conciencia, querido César, y se le fueran esas locas ideas del cerebro, y César Enrique gritó desconsolado que así no se restaba eficacia al embrujo y que su arriesgado ascenso no tuvo razón de ser, y encucillado en el centro de la pieza quedó esperando la llegada de la noche y cuando sus ojos oscilaban en la penumbra pudo sentir un roce suave y pegajoso subiendo apresurado por sus mejillas y supo que no podría dormir en paz por mucho tiempo.

XIX

DESDE ESE DIA, EN QUE la frustración arribó nuevamente a la atormentada existencia de César Enrique, su espíritu sufrió las consecuencias insoslayables de otra desventura que venía a sumarse con porfiada obstinación a esa cadena de errores que constituía su pasado y su presente, porque se levantaba al mediodía como si las veinticuatro horas estuvieran limitadas a una parte relativa del tiempo, y sacaba por la ventana de la cocina su fría nariz olfateando sin ceremoniales el infaltable rocío hasta las dos de la tarde, como si la mañana ocupara el espacio de la hierba y de los árboles en una insistencia programada para que él resucitara ingenuamente y creyera que partiendo el día en dos reducía también su carrera hacia la muerte, entonces se acomodaba con desidia y bajo un poncho de tonalidades azules y

amarillas fumaba a pausas su recuerdo, y la memoria le traía fatigosamente palabras que se deslizaban solas por el aire, y se descorrían telones remendados surgiendo personajes casi inenarrables, como Remigio, el panadero de ciento ochenta kilos de peso que movía las caderas presentando una parodia de ridículos efectos y limitándose a caminar por el escenario vacío, en tanto la voz de César Enrique deletreaba un guión rayano en lo absurdo, diciendo, dos kilos de pan, diez kilos de pan, un millón de kilos de pan, y le leía la edad y comentaba sus desproporciones dando a conocer su contextura con tantos centímetros de pecho y abdomen, o rezaba un rosario de cuentas negras a un costado, cuando Virginia, una evangélica en retiro, cantaba plegarias en rítmicos valsecitos peruanos, y hacía pedazos una Biblia con los dientes, lanzando los restos a los cinco o seis espectadores que no sabían qué hacer aprisionados en sus butacas, y de pronto llegaron repentinos sonidos de pájaros que volaban en círculos y que ahora obstruían como una inmensa pincelada oscura la blancura de las nubes, y percibió con quieto nerviosismo la rauda llegada de millares de aleteos formando una sábana extendida contra el cielo, y recordó que su padre le habló de esos pájaros al acompañarlo por vez primera a la plaza de Yumbel a lustrarse los zapatos y un sinnúmero de aves remeció con apagados murmullos la siesta de un anciano que apoyaba la cabeza en uno de los bancos de madera, hasta que distendió sus párpados y sus ojos se encontraron con miles de ojillos colorados que pasaban como mudos resplandores de luciérnagas diurnas y, lentamente, la informe masa de plumas repletaba las cuatro esquinas de la plaza, y don César lo arrastraba de la mano hacia la iglesia donde el padre Rigoberto abría la puerta a hurtadillas, para que no se cuelen esas aves desgraciadas que

sólo anuncian el definitivo invierno de los hombres, y penetraron extenuados, apoyados en las paredes con una veintena de otros padres y otros hijos, mientras afuera se cerraban las ventanas y las rodillas se posaban en el suelo y las diligentes manos de los más jóvenes tapaban con premura los agujeros de las chimeneas, porque si ingresaba uno solo, el picoteo general destruiría las murallas convirtiendo en aserrín los galpones y los muebles, así que se tendieron en el suelo, y me puse a jugar con una hilera de hormigas diminutas, para que al cabo de unas horas se produjeran los primeros tosidos asustados y se dijera que eran inútiles los ruegos y la espera, y que botaran las puertas de una vez y acabara pronto esa agonía sin causa, y si trataba de morir que fuera de cara al cielo teñido de sombras, y al descorrer los postigos un haz de luz llenó la nave, y los vitrales recuperaron sus geométricos colores y pareció que el paisaje del pueblo era una sólida pintura, y César Enrique se irguió pisoteando las hormigas, para salir anhelante al banco de la plaza diciéndole a su padre que por suerte el anciano no había despertado, pero no supo por qué le incomodaba esa quietud apacible de ese rostro que se le insinuaba diferente y antes que elevara la pregunta don César apresuraba el firme taconeo de sus botas por el empedrado, y él, corriendo nuevamente, supo que no debía interrogar, pero tal vez hubo de hacerlo, porque el murmullo ahora crecía como un sordo rumor de presagios categóricos, y César Enrique sintió el extraño impulso de saltar por la ventana y salió al encuentro de las aves escuchando apenas el seco chasquido de un candado cerrándose al interior de la puerta de su casa, al tiempo que caía de bruces en el suelo erosionado y los informes sonidos de todos los pájaros del mundo se colaban inmisericordes por sus oídos, y al intentar levantarse su

cuerpo era una mole gigantesca incapaz de hacer un movimiento, pero logró voltearse a la segunda tentativa y quedó de cara a la penumbra, recibiendo blandas cagarrutas que lo bañaron con tibieza, dejando progresivamente su conciencia a la deriva para que la presión de imágenes simultáneas arrollaran esa estadía horizontal y confundiera de nuevo el sueño y lo real, y un torrente soporífero inundó bruscamente su debilidad, y qué haces allí Pancho Valverde, agachado con tu sombra, cuna de mis primeros desvaríos y jardín de mi tranquila felicidad, si tú no me has dicho el sentido de tu espera a la orilla del camino, ni que era necesario que tu muerte pasara como una bofetada por mi vida, y Pancho Valverde le desordenaba los cabellos sonriendo bonachón y encucillándose a su lado con la arrugada colilla entre sus labios, y le decía que nada era más triste para él que verlo arrastrarse por las veredas como un gusano alcoholizado, y que no se escudara en lo que omitió voluntariamente, sino que tomara en cuenta lo que vivieron juntos, porque hay cosas, querido César, que ni después de muertos podemos revelar, y César Enrique alcanzó a embobarse todavía mirando el hueco en el espacio por donde desapareciera Pancho Valverde, y no te vayas desgraciado, dejándome otra vez con la duda sin dilucidar, que no te vayas, repetía alucinado, mientras algo lo arrastraba de los pies en un retorno de la vieja condena empujándolo a Yumbel, un regreso vacilante para volver a verte Mercedes, para que me acuses por haber nacido sin tener la culpa de cruzarme contigo, y se quedaba rasguñando la madera amparado en el sempiterno canto de los grillos bajo una luna llena que parecía sonreír con ironía a la turbidez de su mirada, y en esa nebulosa oscilante se dibujó como a brochazos contra un muro la coronación de su madre, y los

golpes de don César retumbaron violentos en su cerebro volcando los cubiertos de la mesa y el escondrijo que le propusiera Mercedita en un extremo del patio, y suspiró entre aromas de mejillas empolvetadas que se aproximaban agrandándose e imaginó correr por un bosque dantesco perseguido por jadeos de mujeres extasiadas de placer, y recordó la historia que don César le contara como una pintoresca fábula infinita de dos presos que salían y entraban del único calabozo del pueblo, y atravesaron el plumífero follaje sofocante filas de primos y primas encaramándose por las enredaderas para tirar piedras a los maceteros, y vio a Graciela Alcántara balanceándose en la oscuridad de una habitación, y por una higuera, creciendo en el silencio, bajaba su madre portando su holocausto en un pañuelo bordado, en tanto miles de gatos siameses maullaban doloridos en los troncos de los pinos cuando las aguas del río Andalién crecían incontenibles y desbordaban su cauce por largas carreteras, y apareció Lidia Carreño con sus senos desnudos y los ojos llenos de lágrimas, y Mercedes Alcántara gemía incoherencias arriba de un ropero, y negras portezuelas se escalonaban hasta la eternidad, y en medio de la bruma divisó a Pancho Valverde besando la faz lozana de su madre como algo que no pudo ser, y una familia inacabable iba desapareciendo en la lejanía, con los brazos elevados, como si saludaran a los pájaros de cabezas pintadas posados en los hombros de todos los enanos que se esmeraban en reventar su vieja biblioteca y cientos de libros desparramaban sus hojas como volantes mecidos por el viento de los que colgaba Mariano Cruces para subir las paredes de una iglesia gritando al cielo su deseo de horizontes, y César Enrique notó su irremediable enclaustramiento entre cuatro paredes enrejadas, y por

inercia se preguntaba qué había hecho reducido a sí mismo, con esa sonrisa bobalicona traspasada inmaterialmente a Juliana Román para que derribara gruesos ladrillos con un tenue pase de sus dedos, y sintió un vuelco en su corazón detenido al besar a Mercedita que llevaba un balde con guijarros entre un incontable número de patos y gallinas escarbando el piso avejentado, y la suavidad de una cinta celeste ondeaba libremente ante un cielo despejado para que su madre se apretara a la cintura una flor de plástico amarillo y emergiera por cristales inconsistentes la figura de don César apareando en Ángela Cruces su deseo inconcluso, y los escuchaba gritar desde ese lecho moribundo sin poder evitar que Rosaura Santelices le mordiera una oreja, y a duras penas aspiró un olor a asado llenando las habitaciones de un prostíbulo, y un gimnasio destruido era cubierto por una lluvia de cenizas, y sintió como una ráfaga helada el vuelo de un elefante sobres sus cabellos, y en esa tragicomedia del destino surgieron eclipses imprevistos ensombreciendo el sentido de la vida, y divisó a su primo del alma con un cartel llevando su nombre en un verano empolvado, y repasó la lapidaria sentencia de una curandera cuando gusanillos como de seda invadieron las sábanas de su cama, y Mercedes saltaba el cerco de su casa dominando las cosas y los seres con su mutismo misterioso, y un par de bueyes enflaquecían digiriendo rosales concéntricos bajo banderitas de papeles pintados agitándose tristes alrededor de una plaza decorada, y ya a punto de dormirse le pareció ver a través de sus párpados oblicuos la nube de pájaros succionada por un espacio de celestes dimensiones, y creyó flotar sobre su pueblo de Yumbel, acurrucado, como pidiendo perdón entre los cerros, y escuchó el llanto lastimero de su hijo recién nacido que lo escrutaba con sus

pupilas mongólicas acusándolo para siempre, en esa extraña fusión de sueño y pesadilla a la que ingresaba temblando, como esas antiguas hojas otoñales que, arrobado, veía bajar por su ventana y que caían dubitativas, como si nunca llegaran a un suelo verdadero.

Marzo-Agosto 1980